



SUSURROS DE MUJER

ALICIA CEBOLLADA

DEDICATORIA

Este libro lo escribí gracias a las inspiradoras sesiones del taller "Susurros de mujeres" dictado por Ave María Panamá, entre Mayo-Julio 2019 en Coyoacán, CDMX.

A ti van dedicadas estas páginas, Ave, con todo mi cariño. Y también a mis compañeras "susurrantes", con quienes compartí escritura y alma.



1

LA ESCRITURA DE COMPAÑERA

|

Cuando llegué al taller estaba insegura, sentía que había perdido el gusto por escribir y tenía la tímida esperanza de encontrarlo. No sabía cómo sería la mágica receta; encontré siete compañeras, todas mucho más jóvenes que yo, pero enseguida me hicieron olvidar estos tontos prejuicios y me sentí una más.

A partir del estímulo comencé un poco asustada a escribir y sentí que lentamente surgían las ideas, frágiles, pequeñas, como burbujas y yo iba dándoles cuerpo y salía una imagen cuál recién nacido. Mi susto seguía, pero también una alegría iba instalándose en mi y la esperanza se hacía más grande.

Cuando escuché la lectura de mis compañeras fue muy emocionante, todas entendimos enseguida que se escribía desde el alma y escuché las alegrías, los desengaños, las esperanzas de cada una y de pronto, una vez más vi el valor curativo del cuaderno y el lápiz, y yo exponiéndome sin miedo con mi historia, mi vida, mis sensaciones y mis propósitos.

Ese fue mi inicio, pido a los dioses que este entusiasmo no me abandone.

II

Este taller para mí está siendo no solo interesante sino sanador, me está devolviendo a la vida, a la ilusión, a despertar vocaciones dormidas que yo creía muertas, a plantearme nuevos deseos, a darme cuenta una vez más, que sí, que la familia es fabulosa, pero que es necesario, absolutamente necesario, el tener objetivos propios, alejarte del grupo familiar por momentos y ser de nuevo YO con mayúscula, más allá de los hijos, los nietos y todo el acompañamiento familiar. Bendito sea el taller. Benditas mis compañeras que me ayudan a encontrarme. Benditos los jueves que los bebo poquito a poquito. Para que duren.

III

La primera vez que intenté escribir fue un pequeño poemario, mi hija poeta que escribe libros y elabora títeres, cumplía años y quise sorprenderla .

No se si lo logré, pero ella que vivía en el campo se había ido a estudiar a la ciudad. En principio estaba triste y poco a poco, joven al fin, iba llenándose de proyectos, de clases, de talleres.

Yo, sin querer, comencé haciéndole un reclamo sutil, tenue. Quería atraparla de nuevo, le hablaba del árbol, del sol, de la lluvia, del cielo, de todo aquello que en el campo te impregna, porque es vida. Le hablaba de mí, de mis ansias de tenerla de nuevo, cerca, dentro del hogar, con los suyos. Le decía que la ciudad apresa, envuelve.

Ella, joven al fin, siguió su vida como es lo justo, tuvo sus experiencias, como lo merecía y creció y floreció y se hizo grande y vivió mi regalo cual lloro materno, pero supo con fortaleza seguir su camino y animarme a escribir para buscar mi mundo y encontrar el alivio y belleza de la palabra escrita.

IV

Mi vida como escritora es una fantasía, un sueño de lo que pudo ser en su momento, si hubiese tenido una oportunidad. También una realidad íntima, sincera de buscar dentro de mi recuerdos y sacarlos aquí en un cuaderno como con un sacacorchos, poquito a poquito, pero seguros, completos, sinceros.

No sé escribir otra cosa, ni otra historia, sino lo viví, intuí y sentí y es algo tan extraño, que me cuesta hablar de hoy y de ahora, no porque no quiera es que no puedo. No puedo involucrar a las personas que amo, no quiero escribir ni un ápice que los pudiera hacer sufrir. Además nunca tengo la seguridad de saber si lo que escribo es en verdad cierto. Me doy cuenta que a veces pienso algo como absoluto y de pronto yo misma me desdigo.

Pero siento que disfruto y me encanta sentir el bolígrafo en la línea y sincronizarlo con mi pensamiento y así seguir y seguir como si fuera agua que sale de un manantial.

Tengo a mi lado un compañero totalmente ausente de mi, aun cuando él me necesita casi seguido. El en realidad durante nuestra vida en común siempre fue así, no le interesaba o no sabía cómo hacerlo, él vivía su vida que la llenaba de trabajo, proyectos, ilusiones y planes a futuro. Eso era lo habitual.

Yo como solía ser, vivía del trabajo que me proporcionaba la cotidianidad y de proyectar en mis sueños las vidas de mis hijos. Digo proyectar en cuanto a su material humano, los quería buenas personas, creativos, trabajadores, entusiastas y con todo eso y más, que llenaran sus vidas y que labraran su quehacer.

Con mi pareja siempre entendimos que mirábamos en la misma dirección pero que eran diferentes nuestras maneras. Esto también nos ocasionó desencuentros, pero nunca intentamos la separación. Disfrutábamos mucho en carretera, viajando. El me daba la oportunidad de conocer y palpar todo aquello que yo cocinaba en mi imaginación. El siempre fue necesario para lo concreto, siempre me dio seguridad, yo tenía plena confianza en que solucionaba los problemas materiales. Él se unía a mis sueños y me ayudaba a darle forma real.

Ahora que sólo sé oír mi voz, que la suya está ausente, apagada, me gustaría tener un video suyo cuando era pura actividad, sólo lo tengo en mi recuerdo e imaginación, que poco a poco también se irá borrando.

Aquí termino, tengo en mi regazo, el calor de una perrita que adoro. José Antonio ve una película y me gustaría saber qué siente, qué ve, pues cuando le pregunto siempre dice lo mismo: "no me acuerdo".

Y yo dentro de mi pensamiento, que es más rápido de lo que puedo escribir, me digo "¿que voy a cocinar?" , "¿cómo estará Tomás?", "Ya regresan los vacacionistas" y rápidamente me voy de lo concreto y terrenal a lo interior, a los mil pasos que camino por las carreteras de la fantasía y de los sueños.

V

No sé por qué escribo. Este vicio o manía de ver en letras saltarinas, la historia, el cuento, el recuerdo. Esta necesidad de hablarle a un cuaderno y contarle mis dudas, mis imaginaciones, mis fantasmas.

¿Será que quiero perdurar en el tiempo? ¿Será que tengo la necesidad de hacerme sentir entre los míos? ¿Será que cuando pongo en historias lo que llevo dentro de mí me libero?

Es como la gestación, crece y crece y llega el momento en el que se tiene que nacer porque se está listo y maduro. Igual que el texto, va naciendo con dificultad pero cuando ve la luz, y traspasa las líneas... qué inmensa alegría.

VI

Bendita sea la escritura sanadora. La escritura cuál medicina va curando partes internas que en mi estaban tan escondidas que necesitaban la fuerza de la palabra escrita.

He escrito todos los días, como un jinete en su caballo que comienza lentamente y va aumentando poco a poco el trote, así de a poquito, todos los días el encuentro con la hoja en blanco, el alma templada y las ganas firmes. Allá voy.

El entusiasmo está listo. El deseo completo y la súplica a los dioses que todo lo que tengo hoy no sé pierda. ¡Que la poderosa escritura triunfe!



2

SOBRE MUJERES

|

Ser mujer: He tenido que ir encontrando durante mi vida este significado. Nací así y nadie me preguntó.

Ser mujer para mi es fuerza, constancia, ternura, con mil enigmas diferentes dentro de mi, pasión, sosiego, tristeza, locura, orden...

Ser mujer a veces es ser madre, a veces esposa, a veces hija. En todos estos papeles soy diferente o uso alguno de mis atributos como mujer.

Ser mujer para mi es disfrute con mis amigas, juego, seducción.

En muchas ocasiones impotencia al sentir que en algún lugar o momento han querido hacerme sentir inferior por mi sexo.

Ser mujer para mí es orgullo (no sé por qué), si volviera a nacer y en mí existiera la posibilidad de elegir mi sexo volvería a ser mujer.

Ser madre ha sido uno de los roles preferidos en mi vida. Cuando tuve mi primer hijo, sentí que me llegaba una fuerza nueva y desconocida que me llenaba de alegría y dí gracias por ese don que teníamos las mujeres: la posibilidad de dar vida.

II

Tengo muchos años, setenta y nueve para ser exacta y ya comienzo a sentir cansancio de vivir. Tengo cuatro hijos que me dan calor en mis momentos de frío y me dan fuerzas cuando las mías fallan. Además, un compañero que me sigue los pasos pacientemente todo el día. Tengo unos ojos cansados que aún se alegran ante la belleza. Me muevo dentro de un cuerpo agotado que se niega a seguirme en los momentos en los que la alegría alborota mis sentidos. Tengo mucha suerte de poder vivir la experiencia de escribir estos sentimientos y que aún sea capaz de disfrutar esta felicidad.

He perdido entusiasmo, energía, belleza, salud, fuerza de vida. He perdido un país, amigos, olores, atardeceres, hogar, esperanzas, objetos. He perdido todo esto y quizás ya no tenga tiempo de recuperarlo. He perdido inocencia.

He perdido un compañero con el que me comprometí a hacernos compañía de por vida. Él se fué, se lo está llevando la enfermedad de la memoria, lo noto en sus ojos ausentes y ensimismados.

Me pregunto llena de dudas ¿no será que tenía demasiado? o ¿No será que no tengo capacidad para ver lo que todavía la vida me presenta?.

III

Cuando era más joven jamás me dio miedo la vejez. Pensaba con frecuencia que ella misma traería la fuerza para enfrentarla. Fuí perdiendo poco a poco la gracia, la frescura... y cuando me miraba en un espejo sentía que cada día perdía "algo" y comencé a verme con ternura, reconociéndome en esa imagen que me miraba desde el espejo. Nunca me vi con horror, aún cuando no se me había

ocurrido que no solo se pierde la gracia del rostro, o la gallardía, y aparecen las arrugas sino que se puede perder la capacidad de caminar y moverse ágilmente, y llegan dolores nuevos y significativos.

También veo con sorpresa que a esta edad aun soy fuerte, aun soy la que "hace", la que decide, la que resuelve y me doy cuenta de que es mi parte femenina la que está al frente. Hace siete u ocho años aquel con el que caminé casi toda mi vida le diagnosticaron Alzheimer, él siempre muy dispuesto, muy activo y determinado fue haciendo una metamorfosis y se volvió como un niño, ya todo quedó en mis manos y he pensado que la fuerza para llevar esta contrariedad que me regaló la vida me la da mi género, esto especial que llevamos las mujeres, que es el ímpetu de vida que heredamos de nuestros ancestros femeninos.

Contrariamente también pienso que llegué a mis 79 años ya asexualizada, integrada a todos los seres del mundo, sólo como persona, ser mujer a mi edad ya no sé bien qué es, creo que ya me siento fundida con todas las criaturas.

IV

El espejo me enseña una anciana que nada tiene que ver con lo que siento en mi interior. Pero en realidad el espejo me devuelve una verdad.

Lo que llevo dentro es pasión, vida, deseos de hacer, de buscar, de encontrar necesidad de sorprenderme... El espejo me dice "no puedes, no tienes tiempo, te molesta el cuerpo, te duele, estás enferma, ya no tienes capacidad de sorpresa, has vivido mucho ¡qué más quieres!"

Sueño muchas noches y cuando me despierto no recuerdo nada, sólo que en él caminaba, corría, no sentía las piernas, no tenía límites y despierto contenta con la sensación de que me escapado de mi cuerpo y he estado en un baile, en una fiesta y me siento libre y diáfana. En el sueño estoy desafiando al espejo. "Tu me enseñas un rostro que no me corresponde y un cuerpo que me cuesta mover y ya ves, en mi sueño no es así"

Recuerdo que en una ocasión le escuché decir a un poeta ya bien entrado en años "me miro al espejo y siento que me han hecho un hechizo, ese no soy yo, yo en mi interior brinco y salto, tengo vida, me siento muy activo, el del espejo no soy yo, definitivamente tengo un hechizo y en cualquier momento seré yo de nuevo, el que verdaderamente soy"

Yo en verdad, sé que no tengo un hechizo, sé que esa soy yo, soy muy racional y ya reconozco esas arrugas, esos ojos que perdieron el brillo, esas piernas a las que les cuesta moverse todo lo que quisieran y en mi interior acepto la realidad, pero sí he descubierto que el espíritu es libre y por lo

tanto puedo seguir soñando que bailo, que camino que hago mil cosas y que cuando me acuesto tan cansada se debe a todo lo que he disfrutado en mi quimera.

V

Cansancio total, completo. Lo siento en los brazos, en las piernas, en mi débil espalda, en mi respiración dificultosa.

Me siento cansada hasta lo más infinito de mi alma y me cuesta definirlo pues es un cansancio como de muerte, de "me voy", "no quiero nada", sólo descansar de este cuerpo que me pesa como si fuera de hierro. Donde el cuerpo molesta como si no fuera mío, como si cargara el cuerpo de otro. Esto me hace cerrar los ojos, no estar, ya no existo. Es como una fuerza que nace del suelo que me atrae y yo intento negarme, no escucharla, pero no lo logro. Es cansancio de muerte.

VI

Amanecí de llanto, de nudo en el estómago, de falta de deseos. Amanecí triste por mi hijo sin sanación, triste por los chiles en nogada que nunca probé y que son testimonio de mi soledad. De mis "buenos días" sin ganas, de alegría interior desaparecida y de una melancolía por un país en decadencia absoluta y sin solución. Amanecí de lágrimas y no tengo ni un lugar para llorar mi soledad y mi desencanto.

Mi soledad de quien siempre me acompañó en silencio, porque en realidad su hombro nunca fue un lugar donde descansar mis pesares y mi tristeza interior. El era la fuerza y la guía en lo cotidiano, en "el hacer" físico, pero me dejaba sola cuando lloraba lágrimas amargas por este hueco de soledad interior.

Amanecí de llanto y sé perfectamente que plasmarlo en letras me conforta, me alivia, me cura. Me dice "eso pasa", "ten paciencia", actívatelo y recuerda que el cielo tiene un color azul maravilloso, que mis mascotas me van a lamer los pies para tejerme unas medias de cariño, que el país que me acoge es bueno y no debo ser desagradecida, que lloro también porque se fue la vida y la que me queda siempre tendrá una connotación de pérdida. Y porque es así de triste cuando no tengo una madre que me apriete fuertemente contra su corazón.

Amanecí de llanto largo con compuertas abiertas y extensas y no logro cerrarlas porque ellas al mismo tiempo que me duelen, me sirven de consuelo y aceptación de la gran soledad que todos llevamos dentro y que en ocasiones se empeña en salir como un animal enjaulado.

VII

Larga noche, ojos abiertos en la oscuridad, sentimientos tristes. pensamientos negativos.

Así comienza el insomnio, me despierto de repente con la sensación de haber dormido bastante, miro el reloj son las 3 a.m. y entonces comienza el pensamiento a funcionar, primero recuerda cosas sencillas, repasa momentos del día anterior y de pronto, una conversación, un suceso, pero por supuesto oscuro, problemático o triste, queda como suspendido para que yo lo vaya analizando y pasando un resaltador a "aquello" que tiene difícil solución o no la tiene, para así ver todo lo negativo de esa situación y repensar todo lo que puede suceder por ese problema, de aquello que ya dictaminé como insalvable.

Así paso la primera hora sumida en todos esos negros pensamientos. Como ya el sueño se fue definitivamente estoy lista para dar acogida en mi mente a todos los problemas que me rodean, desde los más simples hasta los más complejos. Los míos, los de las personas que amo, los de mi país en decadencia, los de los seres humanos y los del mundo en general.

Llega la tercera hora. Entonces ya saturada de tanta oscuridad, de tanto pensamiento negativo y sin solución, busco ayuda en la lectura, en el teléfono y sus noticias, pero no tengo los lentes a mano, no veo la letra diminuta y me esfuerzo en leer o adivinar aquello que aparece en la pantalla. Sigo ensartada todavía en la negación. Me levanto en la oscuridad, camino hacia el baño, bebo agua y entro de nuevo en la cama para seguir la rutina ya conocida del insomnio. Otra vez retomo como si fuera un rosario inconcluso, lo triste, la desesperanza, lo insalvable.

Estamos ya en la hora cuarta del insomnio, empieza a clarear, amanece, el cuarto se hace más luminoso, comienza el nuevo día. Movimientos en la casa de aquellos que han dormido y tienen que levantarse temprano porque tienen obligaciones precisas, entonces doy vueltas en la cama, bostezo sin querer, y como no tengo que madrugar, sigo en silencio y cierro los ojos y en ocasiones el sueño me atrapa, un sueño rápido y fugaz como si quisiera recuperar la noche perdida. Eso si acaso tengo suerte, sino en la hora quinta me levanto, saludo agradecida al nuevo día que me trae luz y vida y olvido la larga noche transitada por los caminos de las tinieblas del pensamiento. Estoy segura de que el día será luminoso y nuevo. Sólo en el atardecer cuando de nuevo la noche

comienza, me da un sueño inmenso, como queriendo ganar el tiempo, y suspiro y me duermo suplicando a los dioses que esta nueva noche que comienza sea distinta.

VIII

Hoy domingo haciendo intentos de que sea un día diferente. Me tomo un café mientras cargo en los brazos a Samba, mi perrita. Preparo el desayuno para José Antonio y para mí... hasta ahora igual a todos los días, pero hay algo en el ambiente o en mi deseo de diferenciar, que lo hace distinto, me baño, arreglo mi cuarto y me pongo a escribir. Esto lo hace diferente, no está en mi costumbre escribir todos los días. Desde que se terminó el taller he olvidado el trabajo de la escritura. Pareciera que se acabó la magia.

Iremos a Misa de once y media como de costumbre, estaré sorda ante la homilía porque en realidad mi sordera y la acústica de la iglesia me impiden escuchar. No compraré queso, solos los dos necesitamos pocas cosas, y regresaremos a casa a esperar que sean las dos y cuarto para ir a almorzar con Marta, Ciro, Emilia y las niñas. Me agrada, esto es lo que hace también que mi día sea diferente. No soy una persona que necesita siempre una actividad, pero en esta monotonía de vida, en estos momentos lo necesito, y me gusta el encuentro, me siento menos huérfana.

Marta es hija de mi tío Pedro, hermano de mi padre, casada con un mexicano: Ciro y Emilia, que es madre de Marta, está de paso, vino a traer a las niñas María y Julia que son una delicia y pasaban vacaciones con los abuelos porque comienza el año escolar.

Me dió alegría esta invitación y la espero con entusiasmo. Es impresionante cómo se vuelven importantes los encuentros familiares cuando uno está cerca de los ochenta años. Máxima diversión.

Escribo, contemplo los adelantos de los vacacionistas, el día fluye y yo espero con gusto y con agrado el pasar de las horas. Mi disposición para una bella tarde está lista. El ánimo perfecto. Ojalá sepa apreciarlo. La vida se ha convertido en un valor muypreciado en estos finales años de mi existencia.

IX

La etapa más feliz de mi vida no existe, he vivido momentos felices, pero nunca una etapa, siempre faltaba algo para completar la felicidad, o llegaba alguna cosa que terminaba con la alegría sin fin.

Una etapa de gran felicidad fue cuando quedé embarazada de Aliana, era increíble ahí dentro de mí tenía una vida, que iba a crecer lentamente... era un milagro. Al segundo mes llegaron los vómitos impresionantes y náuseas continuas que duraron un buen tiempo y me quitaron la felicidad, o al menos no me permitieron ejercerla.

Un tiempo de gran felicidad fue el que siguió a cuando José Antonio me dijo "Te quiero" pero mi forma de ser en esos momentos enrollada e insegura me hacía perder la felicidad a cada rato "no me llamó", "no me vino a buscar", "no me entiende". De nuevo era feliz de manera intermitente, un día sí y un día no.

He vivido muchos momentos de felicidad, recuerdo regresar de la parcela, cansada después de sembrar pimentón, toda la familia y los compañeros en la plataforma del camión, la brisa en la cara, el deber cumplido, el paisaje de Guayana hermosísimo Era tan feliz que me sentía la protagonista de una película, todos mis poros respiraban felicidad, pero ¿qué tan duradera?

¡Ay felicidad que te escapas de mis manos como el agua entre los dedos! Hoy y ahora mi felicidad duradera está más basada en la felicidad de los míos. Esto sucede cuando los veo completos, enteros, tranquilos, en paz... entonces siento que ésta etapa de mi vida, en la que soy capaz de pensar en los otros, de pedir para ellos, es la etapa que puedo decir que es la más feliz de mi vida.

X

El chocolate me sabe a silencios interiores, me encanta comerlo mientras leo, escribo en el computador o veo televisión. Lo pongo en pedacitos en mi lengua, lo voy deshaciendo lentamente y lo disfruto con intensidad cuando explotan todos sus jugos en mi boca.

El chocolate me sabe a color, a brisa, a fiesta, a beso furtivo, a carita de niño sucia.

Cuando me lo regalan quiero abrazar con inmensa alegría a quien me lo da.

Cuando lo veo en la tienda quiero comprarlos todos.

Cuando lo veo en su envoltura se me hace la boca agua

Agradezco al árbol que produce el cacao y a los hombres que lograron sacarle todo su aroma y sabor para que llegara a mí en forma de delicioso chocolate.



XI

Mi vida se parece a una cartera de mujer.

En la cartera coexisten mil cosas diferentes. Todo cabe. Igual puede haber un perfume que un bolígrafo, algunas monedas sueltas y otras dentro de su monedero, una receta médica, un teléfono, alguna factura, un pequeño chal por si acaso hace frío, pastillitas de menta, lentes de sol y también lentes graduados en caso de emergencia, tarjetas, maquillaje, una bolsita auxiliar para meter en algún momento algo que no cabe en la cartera, dentro del desorden cuesta encontrar lo que se busca, pero al fin aparece.

También existen carteras de mujer muy ordenadas, pero a esas no se parece mi vida.

En la cotidianidad puedo tener mil pensamientos diferentes, necesito el aroma de la vida y lentes para ver con claridad mi presente pero también quiero ponerles color de vez en cuando y no ver tanta realidad, busco el contacto con las personas que quiero, resuelvo mis cosas prácticas de dinero con alguna facilidad y no me complico porque soy ordenada en mis cuentas, en este momento de mi vida los médicos se están volviendo mis amigos, no los veo con enojo, me arropo de buenos pensamientos cuando siento frío, si hay momentos en los que en mi vida algún problema aumenta de tamaño de tal forma que pareciera que ya no puedo con él, en algún lugar de mi alma surge una fuerza y puedo con esa carga mientras lo voy solucionando... si, mi vida interior realmente es desordenada, pero se, aunque con alguna dificultad que puedo encontrarme a mi misma. Igualito que en mi cartera.

XII

MI CUERPO

Una piel que tiembla ante el dolor

Unos ojos que miran indiscretos

Unas cejas oscuras bien dibujadas

Unos labios finos y precisos

Una espalda que habla de los años

Unos pechos que amamantaron vida

Un ombligo redondo y bien marcado en el centro

Unas piernas que son pilares fuertes

Unas cicatrices que expresan un dolor

Unos pies que un día corrieron

Unos lunares que el tiempo borró

Unas nalgas que cuentan historia



3

SABOR DE INFANCIA

Recuerdos uterinos

Con mucha frecuencia en mi vida tuve unos sueños extraños y reiterativos.

Eran como un molino en su parte interna donde se molía el trigo, todo claro, muy transparente unos engranajes de madera blanda, unas cintas largas como de polea de cuero blanco, formas suaves,

redondas, un techo alto, todo muy traslúcido y muy blanco. No podía precisar con exactitud, pues se me escapaba la imagen y no podía darle forma... (mis palabras iniciales de "molino" son porque de niña muy pequeña jugaba en un lugar, donde vivían unos tíos, en una especie de almacén que molían trigo para convertirlo en la harina para hacer pan y cuando buscaba en palabras esa imagen, era ese pensamiento de mi infancia el que venía a mi mente) pero era una sensación de mucha placidez, de bienestar...

Un día ya de adulta, escuche hablar a un psiquiatra durante una charla, diciendo que existían los sueños uterinos y en ese momento entendí. Por eso es como blanco y suave, la madera como algo resistente y blando, lo circular como el espacio, el nido dentro de mi madre.

Algo extraño también me ocurrió, cuando creí haber develado el misterio de esos sueños, ya jamás lo volví a soñar...

El abrazo materno

Más que abrazo es el cobijo, los brazos de mi madre que me rodean, estoy sentada en sus piernas, me aprieta hacia su pecho, me transmite su calor, su protección, su amor, su seguridad. Esta sensación, de infante y durante mi primera niñez, jamás la he olvidado, para mí tiene olor, fragancia.

Y luego, más tarde, un día mi mamá diciéndome con mucho cariño conmigo en los brazos, "no te puedo cargar", "no cabes en mi regazo", "ya estás muy grande" y yo siento que es cierto, mis piernas ya son muy largas..

Percance en el colegio

Tengo seis años.

Recuerdo un día en clase, pido permiso para ir al baño, no me lo dan. Lo digo en forma tímida y no escuchan, insisto desde mi puesto de estudio, pero no se oye. De pronto como si un dique se rompiera, comienzo a sentir un calor húmedo, intenso y agradable que va inundando mis piernas cada vez más... interminable... que ya se desborda de mi cuerpo, sale por debajo del pupitre, llega al piso y corre como si tuviera vida. Una sensación de alivio me embriaga, me llena, pero será por poco tiempo, enseguida mis compañeros lo notan, avisan a la maestra y yo me muero de vergüenza y fijo la vista en mi vestido mojado con mariposas rojas estampadas.

El lugar donde vivía mi abuela

Mi abuela vivió en Montañana un barrio muy cercano a Zaragoza que tiene más de pueblo que de barrio. Tiene Iglesia, una plaza, y una larga calle. También tiene una gran fábrica de hacer papel, donde todas, o casi todas las personas que habitan en ese barrio, en especial los hombres han trabajado en algún momento de su vida en esa papelera, sin contar los que lo han hecho toda la vida, se llama La Montañanesa. Allí nací yo, allí en esa fábrica trabajó mi papá en algún momento de su vida de soltero y también en los inicios de su matrimonio. Mis padres son primos hermanos sus dos madres son hermanas y mi mamá que vivía en Teruel fue a pasar unas vacaciones en la casa de su tía y primos y allí nació el amor entre mis padres, que haría que ambos, que ya estaban comprometidos con otras personas, decidieran abandonar sus proyectos de matrimonio anteriores para crear uno nuevo del cual nacimos mi hermana Estrella y yo, bueno esto es otra historia en la cual no voy a profundizar en este momento.

Después de mi nacimiento, mis padres decidieron salir de Montañana a vivir directamente en la capital Zaragoza y fue de gran disfrute para mi hermana y yo el ir a Montañana en cualquier día festivo a pasar el día a casa de mis tías, ya mi abuela había muerto, y compartir con la familia de mi padre, pero lo más delicioso era el ir a pasar las fiestas patronales, dormir y amanecer con mis primos y estar desde la misa en la mañana hasta los fuegos artificiales en la noche. Allí bailé con muchachos en su plaza por primera vez y conocí el regocijo y disfrute de las fiestas del pueblo.

Fue en Montañana donde vivió mi abuela y donde murió, yo era muy pequeña y no la conocí si no en fotos, no tuve la dicha de tener ni abuela ni abuelos de niña ese placer de saber que alguien te quiere incondicionalmente solo porque eres tú, la hija de su hijo. Me sucedió lo mismo con mi abuela materna, ella murió cuando mi mamá tenía catorce años y pasó lo mismo con ambos abuelos, he sido una huérfana de abuelos de toda mi vida. He deambulado siempre con esta orfandad, y he tenido momentos de vivir con lágrimas en los ojos cuando mis amigos contaban los encuentros y vivencias con sus abuelos o me hablaban de los regalos que yo nunca tuve y me comprometí a vivir lo suficiente para tener la experiencia de llegar a ser yo la abuela y saborear lo que significa tener un nieto y si bien no pude vivir la dicha de ser nieta, he practicado mi título de abuela como si de una graduación misma se tratara. Tengo seis nietos y los he vivido a todos con mucha intensidad, hasta con celos cuando me he imaginado que alguno de ellos amaba más a su otra abuela que a mi. Siempre he pensado que estoy tan sensible ante todos estos menesteres que creo necesitar terapia especial en algún momento de mi vida.

La casa de mi tía-abuela

Como ya he contado, no tuve abuela ni abuelo de ambos padres. Tuve la mala suerte de nacer cuando alguno de ellos ya había muerto y otros murieron cuando yo era muy pequeña. Tengo recuerdos borrosos de un viejecito con boina española y un bastón recostado en una pared, pero cuando quiero verlo con más claridad en mi imaginación aparece una foto del álbum familiar de mi madre, era su papá, se llamaba Fermín y era carpintero, sobrevivió a mi abuela una gran cantidad de años. Mi abuela se llamaba Visitación y murió a los cincuenta y tantos.

El recuerdo de mis abuelos paternos se limita a una foto bellísima familiar donde todos posan según los acomodó el fotógrafo. Están sentados en el centro mis abuelos Jorge y Francisca rodeados de sus hijos, dos hembras y ocho varones, todos vestidos de manera formal, ellos los abuelos sin brillos en la ropa, mi abuelo muy digno, con alpargatas típicas de Aragón y mi abuela con un vestido negro sencillo, el cabello peinado tirante hacia atrás terminando en un moño bajo la nuca, como lo usaban muchas personas mayores que yo conocí.

En mi memoria tengo recuerdos de mi niñez de un pueblito que se llama Villanueva del Jiloca donde yo pasé muchas de mis vacaciones escolares. En él vivían mis tíos Vicenta y Valero y ella, tía bondadosa y querida, puede hacer el papel de la abuela que no tuve y para mí es una fiesta evocar su casa llena de sorpresas y típica de un pueblito de Aragón. Sé llama del Jiloca porque España tiene muchos pueblos llamados Villanueva y con el nombre del Jiloca, que es el río, se identifica de una manera muy particular y ese río hermoso de agua bendita riega toda la zona que es muy fértil, rica en hortalizas, uvas, almendras y una gran variedad de frutas. Cuando yo iba a ese pueblo vivían totalmente de la agricultura y yo estuve en cosechas y zafras donde el pueblo se llenaba de trabajo y ardor ante aquello que se producía, bien podía ser cosecha de manzanas o la vendimia donde todo era alrededor de la uva, desde su recolección hasta hacerle soltar el néctar y lograr el líquido preciado de los vinos, que después hacían envejecer en barricas de madera que tenían en las bodegas, en sótanos húmedos y oscuros. Recuerdo haberlos visitado a la luz de un candil agarrada de la ropa de mi tío, asustada de quedarme sola en aquella fría oscuridad que guardaba la riqueza que los haría subsistir durante una temporada. Más tarde, ya más grande, las visité a la luz de una linterna, así ya me parecía un lugar más asequible.

La casa de mi tía estaba en una calle que se llamaba El Diario de Avisos. También era muy peculiar. La puerta de entrada estaba partida en dos de forma horizontal. Estando cerrada la puerta en la parte inferior, se podía abrir la parte de arriba, ver la calle o recoger algún fruto o queso que llevaba un vendedor o hablar con un vecino, sin salir de la casa. Contaban que los mozos visitaban a sus novias, ellos en la calle y ellas dentro de la casa, hasta que se enseriaba el noviazgo y el novio hablaba con los padres y ya podían hacerle la visita dentro de la casa. Todo ese proceso lo llamaban festejar. Esto no lo vi mucho, pues ya en aquella época los novios paseaban con cierta tranquilidad por las ramblas del pueblo.

La puerta en su parte de abajo y ya casi cerca del suelo tenía un hueco redondo que la traspasaba que se llamaba gatera, por él entraban y salían los gatos de la casa con toda tranquilidad.

Nada más entrar, a la derecha, había un pequeño establo donde dormía la mula de mi tío, así sin nombre, la mula, pues ella era el animal de trabajo. Todas las mañanas le ponía los aperos y sé iba con ella al campo. No la montaba nunca, ella era la que arrastraba el arado para remover la tierra y hacer los surcos donde se sembraría la semilla correspondiente según el lugar, podía ser trigo, hortalizas o patatas.

Los lugares donde estaban las siembras de mis tíos eran propios, pero también alquilaban pequeños pedazos de tierra para sembrar algún otro rubro. Los frutos siempre eran propios. Mi tío era un campesino de clase media baja más bien, diría yo, ya que los beneficios de su trabajo le daban para vivir modestamente, pues pocos cambios o mejoras les vi hacer a su casa en los años que conviví con ellos en mis vacaciones escolares.

Mi tía-abuela Vicenta, era hermana mayor de mi mamá y tenía dos hijos, Visi y Julián, ya jóvenes, por lo tanto yo recibía mimos que si bien no eran de abuela tenían ese parecido y además ella era muy cariñosa.

Siguiendo con la casa, que tenía un pasillo o pequeño corredor, a continuación del establo había un cuarto con una rareza: dentro de él, en el suelo brotaba un pequeño manantial, que seguía su curso por debajo de la tierra y en la construcción de la casa, y un pequeño pozo de agua sé acumulaba, esa era el agua que se usaba para la limpieza y los animales, las casas no tenían agua corriente y sé iba a buscar agua pura a la fuente que había en la plaza del pueblo. Ese era un lugar donde novios, amigos y demás sé encontraban y hacían pequeñas tertulias. Por eso digo que en esa casa teníamos la posibilidad de tener agua todo el día, a veces los vecinos venían a buscar, pero repito, no se bebía esa agua.

Y siguiendo el corredor y siempre a mano derecha, había una escalera donde se llegaba a un rellano y allí había tres puertas, la del cuarto de mis tíos, otra daba a unas habitaciones donde dormíamos los primos y yo y la tercera que daba a una escalera que subía al altillo, que allí llaman granero porque sé guardaba el trigo, la cebada, las manzanas, que son una fruta que no precisan de nevera pues tienen buen aguante, sobre todo las que se dan a finales de verano. Había unos collares de ciruelas, que la brisa y el sol que entraba por las ventanas las iba deshidratando y eran una delicia cuando ya estaban sequitas y aun blandas que podías meterlas en la boca y morderlas sintiendo todos los azúcares con el sabor propio de esta fruta, toda una exquisitez. Todo aquello que se guardaba en el granero era para el consumo propio. Dentro del cuarto de los muchachos había otros más, donde en una tinaja grande se guardaba el pan que se amasaba y horneaba en el horno de la comunidad cada quince días. No sé que tenía ese pan pero una rebanada con jamón, con mermelada o simplemente con el café era muy rico, también mi tía lo frotaba con un tomate sacándole todos sus jugos, le ponía un chorrito de aceite de oliva, lo espolvoreaba con sal y era una delicia para el paladar.

En esos cuartos se abrían camas cuando se acumulaban las visitas. Tenían otros recovecos donde se guardaba en pequeñas tinajas algunas partes del cerdo que ponían después de su matanza, como chuletas con sus aliños y una debida preparación en sus grasas y comían en invierno, donde la temperatura normal era como de nevera y todo se mantenía perfectamente. De igual manera y en sus frascos preparaban tomates para las salsas, o las frutas para mermeladas y confituras.

También en el granero, colgado de una viga, estaba un pernil de cerdo ya madurado y listo para comer y con un cuchillo que colgaba junto al pernil, se sacaban rebanadas para las meriendas y comerlo con pan. Se cubría con una especie de tul que llamaban tarlatana, especial para esos menesteres, que protegía de su limpieza para poderlo comer con la tranquilidad de que ningún insecto se hubiera posado en él.

En ese granero yo me pasaba largos ratos jugando con mis muñecas a vestirlas y desvestirlas y hacía un juego como si de varias personas se tratara y yo hablaba con la voz del padre, de la hija, del novio... un juego tan maravilloso que era sólo allí donde podía hacerlo, cuando llegaba a la ciudad y a mi casa, tenía que jugar a otras cosas, pues carecía del sabor que yo sentía que tenían los juegos en aquél attillo con olor a trigos y frutales donde vivía mis fantasías tan intensamente, que les pedía a mis primos que cuando me buscaran mis amigas para ir a pasear no les contaran que todavía jugaba a juegos infantiles.

Allí también comencé a leer, a leer de disfrute quiero decir, allí leía todo lo que me caía en las manos, que me prestaban los amigos o los libros que tenían mis primos.

La cocina estaba en la planta baja por el mismo pasillo a continuación de las escaleras, también era muy peculiar, había una gran chimenea y justo debajo en la base del suelo, subía una plataforma de más de un palmo de alta como de dos metros por dos de superficie donde se hacía el fuego y se cocinaba todo el día. En la parte que estaba unida a la pared, había una gran lámina de hierro, muy bonita adornada con una especie de bailarín con un movimiento que nunca supe si era un paso de baile o estaba dando un gran salto y pienso que además de hermosa se debía de poner muy caliente y ayudaba a los cocimientos, frituras o asados que se daban en la lumbre, además de proteger la pared del intenso calor. Cuando ya nos íbamos a dormir, envueltas entre cenizas y tizones encendidos poníamos peras y manzanas que aparecían en la mañana cocinadas con ese calor, aunque ya estuvieran frías.

A los lados de este fuego había dos grandes bancos de madera y en el invierno allí se descansaba y eran las tertulias, pues el calor se concentraba de tal manera que hacía que la familia se reuniera alrededor de la lumbre y de la comida.

Yo siempre lo viví en verano y si bien se cocinaba allí a nadie le apetecía sentarse en esos bancos, todos buscábamos otras partes de la cocina más frescas.

Saliendo de la cocina al fondo del pasillo estaba un corral con gallinas, el lugar de lavar y tender la ropa y las dependencias sanitarias.

Creo que sí, que definitivamente, esa casa tuvo para mí los efectos de la casa de la abuela, nunca imaginé que recordaría con tanta precisión y que mi pensamiento iba a recorrer, cuarto por cuarto mirando todo con una claridad tan luminosa casi como si lo estuviera viviendo de nuevo.

Este pueblito aragonés para mí fue muy importante, es increíble como puedo recordar tantas cosas, sus calles, sus campos y sin embargo he olvidado muchísimo de lo pasado en la ciudad donde vivía con mis padres y al final en él sólo estaba dos o tres meses en el año. De la misma forma podemos magnificar una vida, pasando un resaltador por algunos momentos de ella, en los cuales hemos debido de ser tan felices o tan desgraciados, que nunca hemos podido olvidar.

Mi mamá, cuando yo tenía ocho años

Cuando yo tenía ocho años hice mi primera comunión. Mi mamá era modista con un gusto exquisito. Hizo mi vestido con un placer y un amor incomprensible para mí y se convirtió casi en un tormento porque me lo probaba un montón de veces y para una niña de esa edad le resulta difícil quedarse quieta y dar un sin fin de pequeñas vueltas y esperar pacientemente que la llenen de alfileres alrededor de todo el cuerpo. Pero voy a contar lo que hacía exactamente mi mamá en ese tiempo.

Mis padres tomaron un traspaso de una tienda que en España se llamaba entonces Ultramarinos, en esos pequeños comercios se vendían desde quesos, galletas, chocolates, embutidos, frutos secos, hasta hortalizas y frutas. Como dije en principio, mi mamá era modista y al tomar el compromiso de atender esa tienda junto con mi papá se repartieron las responsabilidades y el tiempo de mi madre quedó tan limitado que tuvo que dejar la costura.

Por eso creo también que la hechura del vestido de mi primera comunión se convirtió para ella en un placer, un disfrute tan grande que pasaba más tiempo del necesario alrededor de la costura del mismo y por la cantidad de veces que me hacía las pruebas me quedó grabado casi como una tortura.

Mi mamá atendía la tienda después del almuerzo y en la mañana mi papá iba al mercado de mayoristas para comprar la fruta y hortalizas que se hacía a diario, al llegar abría y atendía la tienda durante la mañana, pero mientras tanto mi mamá se dedicaba a preparar el almuerzo de la familia, al mediodía se cerraba por una hora mientras comíamos y después de la comida ella atendía el negocio hasta su cierre a las 7 pm. Mi papá en la tarde salía como de asueto a jugar ajedrez a un club donde asistía regularmente ya que siempre estuvo ligado a este juego pues le gustó mucho

toda la vida, Como se puede ver, ella mujer al fin, siempre responsable del trabajo del hogar, como lo ha hecho la mujer durante muchos, no tenía mucho tiempo libre para ocuparlo en otras cosas.

A pesar de todo su trabajo, mi mamá era coqueta y le gustaba estar de buena apariencia y bien vestida, yo recuerdo que justo en la época de la tienda, venía una peluquera a casa todos los días por la mañana y la peinaba para estar presentable y bonita, tengo en mi memoria como yo la miraba, me parecía muy guapa y pensaba que ojalá de grande me pareciera a ella.

Estoy segura, y lo sé porque sé lo oí comentar en el transcurso de su vida, que ella no fue muy feliz durante los años que fueron dueños de ese negocio, dejar la costura que siempre fue su pasión para volverse vendedora detrás de un mostrador la hacía muy infeliz. Yo en aquella edad no tenía suficiente capacidad para darme cuenta de estas cosas.

Como conclusión me atrevería a decir con mucha seguridad que fue un mal tiempo para mi madre y nunca la escuché recordarlo como algo bueno. Lo que si sé que no hicieron sino deshacerse de ese compromiso y mi mamá volvió a coser.

Se hizo modista de nuevo.

Carta a Maria Elena

Maria Elena era una mujer inválida que vivía frente a mi casa cuando yo tenía entre siete y diez años. Era joven, debía tener unos veinte años, de bella cara, su mamá la sentaba todas las mañanas en la puerta de su casa en verano y dentro viendo a través de una gran ventana de vidrio en época de frío. Toda muy arreglada, muy bonita. La idea de su mamá era que los niños y niñas de la cuadra de varias edades le hiciéramos compañía, mientras jugábamos, ella era el centro de reunión, si en el juego por ejemplo había un ganador, ella era el juez, también contábamos cuentos, si estrenábamos un vestido la primera visita era para ella. También arreglaba las enemistades entre los niños, los hacía perdonarse y abrazarse. Cualquier cosa que nos sucedía, sé lo íbamos a contar. Maria Elena era el centro de reunión a la salida de los colegios.

Siempre la he recordado, su cara la tengo grabada con total exactitud. Si fuera dibujante plasmaría sus ojos negros, su cabello oscuro largo y ondulado y sus labios rojos.

"Creo María Elena que tu vida hubiera sido muy diferente si vivieras hoy y ahora. Tendrías un celular donde mirarías continuamente su pantalla. No tendrías niños acompañándote porque todos estarían ocupados con juegos electrónicos, los niños ya no juegan en la calle ni hacen amistades con sus vecinos, siempre están con sus clases de danza, flauta o karate y muy atentos a sus teléfonos celulares. Tendrías también televisión y verías muchas películas en Netflix. Tu mamá no te sentaría

en la puerta de la casa porque ahora es peligroso y tendría que estar muy pendiente de acariciarte y besarte porque ya no estarías rodeada de niños haciéndote compañía y transmitiéndote su cariño. Ya no serías juez de ningún juego porque ya los niños no juegan a aquellos entretenimientos de grupos donde se hacían equipos y uno de ellos terminaba siendo ganador. Ni nos divertirían los cuentos de espantos y miedos que se contaban sentados en el suelo, todos a tu alrededor. Te repetiría verías tu televisión, hablarías por tu celular con amigos lejanos, pues el celular así lo permite.

Tendrás posibilidad de hacer terapia física, pero te faltaría todo el cariño que podíamos transmitirte todos tus amigos los niños que tanto disfrutábamos de los juegos, de la algarabía en la calle, y de tu incondicional compañía”.



4

RECUERDOS E IMAGENES

|

EL BESO

Cuando a las 18 años decidí que estaba madura para tener novio fue porque conocí a la persona que me hacía suspirar de una manera especial y que me hacía sentir hermosa, que cuando se

marchaba, con él se iba mi alegría e iba a regresar mi bienestar cuando al día siguiente lo tuviera a mi lado.

Mi amor platónico dejó de serlo para comenzar a ser la persona que me acompañaba a diario y a la cual le podía contar todas mis cosas porque a él sí le interesaban.

Me acompañaba a la casa, me buscaba en el trabajo, nos encontrábamos en el club. De la mano podíamos caminar kilómetros sin darnos cuenta. Íbamos como literalmente se dice: en las nubes.

El era nadador y pasábamos muchos ratos en el club donde él entrenaba con su equipo. Bordeando la piscina, había unos bancos que se balanceaban y ahí pasábamos muchos momentos. El primer día que se me declaró terminamos prometiéndonos que nos íbamos a casar, pero no tuvimos beso, quizás porque muchos amigos nos conocían y se imaginaban que algo estaba pasando entre nosotros, nos sentíamos espiados. A los dos días más o menos, me robó un beso mientras estábamos sentados en uno de los bancos en medio del balanceo. Casi no noté el sabor. Fue tan rápido, tan inesperado que no se bien que sentí.

Pero luego, enseguida fuimos a la playa con sus padres y los dos nos refugiarnos en los uveros, ahí sí sentí la fragancia del que podía ser mi primer beso, con sabor a mar, a sal, a culpa escondida y a uva de playa.

II

El lugar donde me enamoré fue en el Caracas Tennis Club. Un club donde íbamos mi hermana y yo. Mis padres siempre complacientes querían que nosotras hiciéramos muchas cosas, sabían que el gusto de ir a vivir a Venezuela era de ellos y no resistían que nos pusiéramos tristes. Así que ese club fue un lugar que durante años nos proporcionó entretenimiento y diversión, allí hicimos muchos amigos y los tiempos libres que nos proporcionaban nuestros respectivos trabajos, la pasábamos con las amistades del club y allí en ese lugar encontré el amor, el único, bueno sin contar los amores de los quince años en Zaragoza.

Yo estaba en las áreas del club conversando con amigos, era ya la tarde y un muchacho nadaba en la piscina con su entrenador, que cronómetro en mano le tomaba los tiempos, nadaba rapidísimo y con muy buen estilo. Lo comenté con el amigo que me acompañaba y me dijo: Te lo presentaré mañana.

Mañana no fué, pero otra amiga en los cuchicheos normales de las muchachas jóvenes me dijo: "Le gustas a un muchacho, pero no te digo quien", yo le pregunté e insistí y me dijo "José Antonio". A mi

no me decía nada ese nombre, pero era un muchacho popular en el club, porque nadaba, era del equipo internacional y estaba muy bien físicamente.

Entendí que era el mismo que había visto nadar la otra tarde y comenzó a darme curiosidad y empecé a observarlo.

Yo solía tomar sol arriba en la palanca de saltos de cinco metros de la piscina, y allí dos o tres amigas extendíamos nuestros paños y nos acostábamos a tomar sol para ponernos morenas, en ese entonces se desconocía el daño que puede hacer el sol, y mi amigo cumplió su promesa y subió hasta la palanca con José Antonio y me lo presentó. De ahí en adelante nos vimos alguna vez pero no muchas.

En aquella época una se enamoraba del amor, la figura del príncipe azul que vendría a buscarme en su corcel, era totalmente válida. Y poco a poco, bueno más en mi pensamiento que en la realidad fui tejiendo sueños de amor con la figura de José Antonio.

Una vez él se armó de valor y me invitó a pasar el día en el club, a comer juntos, a bañarnos, a hablar, ignorando a todos los amigos que nos rodeaban. Fuimos pasando el día contentos y entretenidos y ya en la tarde fue su declaración como era de ley en aquellos tiempos, me dijo algo así como que él estaba enamorado de mí, pero que si no tenía posibilidad, se lo dijera de una vez, yo tan tímida siempre, no sé de dónde saqué valor y le dije que sí, que a mí también me pasaba lo mismo. Y luego hablamos mucho, hicimos planes hasta de matrimonio, qué risa. Después salimos del club y me acompañó a casa, que estaba bastante lejos del club y caminamos y caminamos. Él me tomó de la mano y fuimos así, sin soltarnos hasta llegar a casa.

Siempre lo hemos recordado, y aun ahora en estos momentos donde José Antonio transita por la enfermedad del olvido, le pregunto y lo recuerda "Sí, fue tu mano derecha, nunca había caminado tanto".

Yo solía tomar sol arriba en la palanca de saltos de cinco metros de la piscina, y allí dos o tres amigas extendíamos nuestros paños y nos acostábamos a tomar sol para ponernos morenas, en ese entonces se desconocía el daño que puede hacer el sol, y mi amigo cumplió su promesa y subió hasta la palanca con José Antonio y me lo presentó. De ahí en adelante nos vimos alguna vez pero no muchas.

En aquella época una se enamoraba del amor, la figura del príncipe azul que vendría a buscarme en su corcel, era totalmente válida. Y poco a poco, bueno más en mi pensamiento que en la realidad fui tejiendo sueños de amor con la figura de José Antonio.

Una vez él se armó de valor y me invitó a pasar el día en el club, a comer juntos, a bañarnos, a hablar, ignorando a todos los amigos que nos rodeaban. Fuimos pasando el día contentos y



entretenidos y ya en la tarde fué su declaración como era de ley en aquellos tiempos, me dijo algo así como que él estaba enamorado de mi, pero que si no tenía posibilidad, se lo dijera de una vez, yo tan tímida siempre, no sé de dónde saqué valor y le dije que sí, que a mi tambien me pasaba lo mismo. Y luego hablamos mucho, hicimos planes hasta de matrimonio, qué risa. Después salimos del club y me acompañó a casa, que estaba bastante lejos del club y caminamos y caminamos. El me tomó de la mano y fuimos así, sin soltarnos hasta llegar a casa.

Siempre lo hemos recordado, y aun ahora en estos momentos donde José Antonio transita por la enfermedad del olvido, le pregunto y lo recuerda "Sí, fue tu mano derecha, nunca había caminado tanto".



INSTANTÁNEAS

Foto 1

Llevo un vestido tejido verde agua, la parte de arriba con rayas en v en color rosa fucsia, ajustado a la cadera y la falda ligeramente suelta a la altura de las rodillas, la cara tranquila y sin emociones, sabedora de que estoy posando, la mano derecha apoyada en un muro, sobre el que descansa una reja, y con la mano izquierda tomando unos lentes de sol, el cabello corto como lo he llevado muchas veces en el transcurso de mi vida y arriba, adornando, un sin fin de flores que caen con elegancia sobre las rejas.

Veintiocho años. Islas Canarias. Paseo dominguero después de la Misa.

Antes de la foto

Vivo en Barcelona, Estado Anzoátegui. Venezuela. José Antonio hace poco más de un año que se graduó. Nos casamos cuando José Antonio terminó su carrera, vivimos tres años en Maracay que es donde está la Universidad de Agronomía. Allí nacen Aliana y Sonia. Cuando se gradúa nos vamos a vivir a Barcelona donde a José Antonio lo espera un trabajo en el Ministerio de Obras Públicas.

Tiempo Glorioso. Llego a una ciudad nueva donde no conozco a nadie, allí nos imaginamos que vamos a vivir por años. José Antonio feliz, terminando al fin sus estudios y con una vida profesional por estrenar. Yo, ama de casa, cuidando dos niñas chiquitas de dos y tres años, empiezo sentirme aburrida de mi cotidianidad, limpiar, cocinar y atender a un esposo y a unas niñas pequeñas. José Antonio que siempre creyó que la mujer merece tener una vida tan activa como la del hombre me propone que estudie algo después de su salida del trabajo, él me promete ayudar y buscar en esta pequeña provincia qué posibilidades tiene. Enseguida hace un estudio de mercado y me expone las posibilidades: Danza, Teatro, Música y Escuela de Bellas Artes, todo en sus cursos nocturnos. Me gusta el teatro y la pintura y me decido por esto último. Él me dice "salgo de la oficina, te busco, te llevo a la escuela con las niñas, regreso a casa, les doy cena, esperamos tu hora de salida, les pongo la pijama, las meto en el carro y te busco, tú nos esperarás en la puerta de la escuela". Y así fue, llegábamos a la casa con las niñas dormidas, listas para cargarlas en los brazos y llevarlas a la cama.

Fue una experiencia maravillosa, siempre se lo agradecí a José Antonio, él me impulsó y mi vida tomó un rumbo espectacular, viví la pintura con toda pasión, los profesores nos dedicaban todo el tiempo posible, para transmitirnos el amor, a la cultura y las artes, que ellos tenían y para mi eso era algo que había soñado toda mi vida. Allí tuve un crecimiento fabuloso, una riqueza interior intensa y además Anzoátegui tiene una zona de mar inmensa fabulosa y los fines de semana profesores y alumnos con sus familias íbamos a una isla paradisíaca que las casitas eran palafitos donde hacíamos comidas comunitarias, los hombres pescaban y en las noches las tertulias eran clases extendidas, donde se hablaba lo mismo de la prehistoria, los egipcios, los impresionistas o el arte contemporáneo. Tiempo inmemorable.

Durante la foto

Durante este tiempo hicimos un viaje a España. Los padres de José Antonio vivían en las Islas Canarias (ahí la foto) y queríamos que vieran a sus nietas que las habían conocido de bebés. Luego fuimos a la península, concretamente a Zaragoza (de allí soy pues allí nací) y convivimos con mi familia que desde que salí de España para irme a vivir a Venezuela, tenía dieciséis años y en ese momento veintiocho, no había vuelto. Que tiempo delicioso con mis tíos y mis primos...

Después de la foto

Luego de nuestro regreso a Barcelona, continué mi vida de ama de casa y estudiante de arte. ¡Hice tantas cosas! Pintura, escultura, cerámica, esmalte sobre metal, amistades nuevas. La escuela fue mi momento grandioso, yo lo he llamado mi segunda conversión (la primera fue a los quince años, mi etapa mística) en esta encontré el sentido de la cultura, los aportes del hombre, la pasión por las formas y el volumen, los colores, la luz, las líneas perfectas. Para complementar, mi hogar también funcionaba con bastante orden en esos días.

Pero pasó algo, en la Escuela de Arte Armando Reverón de Barcelona, la política penetró la escuela, los alumnos iniciamos una huelga, y como resultado nos cambiaron al director y tomó otros rumbos y todo se perdió. A José Antonio le ofrecieron un mejor cargo en el Ministerio en otro lugar. Me fuí llorando, no por irme, sino porque donde había encontrado un nuevo sentido de vida dejó de ser lo que era, se terminó la magia, se acabó la escuela.

Y una vez más comienzo otra vida totalmente distinta en la gran ciudad, Caracas.



INSTANTÁNEAS

Foto 2

Poso delante de un cuadro que pinté en la Escuela de Arte Armando Reverón de Barcelona. Es trabajo de clase, pero pintado al natural, al lado del río Neverí.

Tengo 27 años, vivo en Barcelona Edo. Anzoátegui. Venezuela. En la foto poso junto al cuadro que ya estuvo en la exposición de fin de curso y se lo regalo a mis padres, estoy en su casa. Me siento feliz y orgullosa por mi pintura que se la estoy brindando a ellos. Es el año 1967.

Estaba comenzando una familia, dos hijas chiquitas, un descubrimiento de que podía con mis manos hacer cerámica, pintura, escultura. La vida se presentaba fresca y luminosa, el lugar donde estaba viviendo era brillante, con un mar precioso. Mis hijas eran mi tesoro y la convivencia con José Antonio estaba bien.

Creo que era feliz. Tengo la habilidad de olvidar los malos momentos o minimizarlos, así que con tanta distancia de tiempo no recuerdo ninguno.

Mis padres en esos momentos tenían salud y visitarlos, hacer un viaje cada quince días, era una alegría para mí.

Mi relación con el presente es de crecimiento. Me estoy abriendo al conocimiento y también a la sociedad, en la escuela que es oficial, comienzo a ver muchachos que son de extracción popular y les cuesta conseguir el dinero para la compra de pinturas y materiales... empiezo a tener conciencia social y a darme cuenta cómo los gobiernos y partidos políticos manipulan realidades. Participo también en una huelga, y me doy cuenta como los intereses personales y partidistas pueden acabar con los sueños de los alumnos.

Alrededor mío no recuerdo mucho más allá de unos vecinos con los cuales José Antonio iba a hacer pesca submarina y tenían dos niños de la edad de las nuestras. Con ellos hicimos una gran amistad. El se llamaba Juan y la esposa Rosa. Ella y yo llevábamos a los cuatro niños a la playa mientras José Antonio y Juan se iban de pesca, pues solían pasar el día completo. Temprano salían en lancha acompañados de un pescador conocedor de zona por las islas aledañas a Puerto La cruz y hacían grandes recorridos, creo que disfrutaban más de la belleza del paisaje marino que de la pesca que traían a casa.

Mi hermana estaba casada, tenía tres hijos y vivía en Caracas. Regresaban de pasar dos años en EEUU, mi cuñado es médico y hacía una pasantía en Baltimore.

Aliana y Sonia también iban en las tardes a la Escuela de Arte a talleres infantiles de pintura y títeres. Esto será el comienzo de la vida de Sonia como artista, titiritera y poeta.



INSTANTÁNEAS

Foto 3

Mis padres y nosotros seis posando en una foto familiar que me ha gustado toda la vida, se nos ve un grupo alegre y feliz y mis padres se ven jóvenes y sin enfermedades.

En ese momento vivimos en Sanare, Estado Lara, una zona montañosa de gran belleza y clima fresco. Estamos comenzando una aventura. Formamos una cooperativa agrícola de producción y Jose Antonio acaba de dejar su trabajo en una Corporación del Estado y queremos comenzar a vivir junto con otros compañeros del producto de la tierra y al mismo tiempo enseñar al campesino a trabajar con riego, abonos y fertilizantes y acompañamiento de peritos agrícolas. Esto significó dejar la seguridad económica para vivir directamente de nuestra producción y de forma sencilla acompañando a los campesinas de la zona. Allí vivimos dos años aprendiendo las actividades del cooperativismo ya que el Estado Lara en ese momento tenía una gran experiencia en ese rubro.

En el segundo año de vivir en Sanare, Aliana y Sonia se van a estudiar a Caracas y viven con mis padres hasta su entrada a la

Universidad. que fue tres años después. Jose Antonio, Milagros, Tomas Alberto y yo vamos nos vamos al Estado Bolívar, en el sur del país, donde conseguimos tierras para la cooperativa y vivimos en el Cristo de la Paragua un pequeño pueblito, durante seis años.

Para mis padres comienza un futuro incierto en el momento de esa foto. Para ellos la seguridad económica era muy importante y veían con desagrado que José Antonio dejara su puesto de subgerente en la Corporación Venezolana de Guayana para vivir la incertidumbre de la agricultura y más con la pretensión de hacerlo con los campesinos directamente.

Ahí me costó salir de las huellas de mi madre, no por mi, que lo hacía con un entusiasmo formidable, sino porque sabía y entendía que les estaba dando un disgusto con nuestra forma de vida y yo intentaba convencerlos de las ventajas de la educación que recibirían nuestros hijos al buscar la sencillez en lugar de aspirar a tener cada vez más dinero.

Totalmente incomprensible para ellos. Tiempo un poco duro, mi papá culpaba a José Antonio y mi mamá más sensata decía que éramos los dos los culpables de la situación que estábamos viviendo.

Como yo los quería mucho, fuimos llevándolo poco a poco y vinieron a visitarnos y fueron aceptando nuestra nueva forma de vida y pasamos juntos en El Cristo momentos muy hermosos. Al fin nos perdonaron y entendieron que teníamos la libertad de vivir la vida a nuestro modo y teníamos derecho a nuestra propia búsqueda.

¿La vida fue como nos la imaginábamos? No sé, la vivimos muy intensamente, fueron tiempos perfectos y llenos de retos, sembrar, cosechar, vender, cargar el camión de hortalizas llevarlas al mercado, perder cosechas por fuertes lluvias, hacer amistades nuevas y diferentes, llevar a los niños a la escuela que quedaba a kilómetros de distancia... pero todo con disfrute, con ilusión. Después poco a poco con los años, entender que era difícil, que el grupo se redujo, que no lográbamos el éxito necesario y la cooperativa fue decayendo y al final decidimos regresar de nuevo a la ciudad. Milagros comenzaba la universidad, Tomás Alberto el Bachillerato. Y de repente todo se pone triste, mi mamá se enferma de gravedad y me necesita por completo, regresamos a Caracas y yo me dedico cien por cien a su cuidado y comienza una enfermedad que durará cuatro años y que terminará con su muerte y nos llegaron los días grises y tristes, inolvidables y oscuros.

"Tiempo para nacer, tiempo para vivir"

"Tiempo para llorar, tiempo para reír"

Eclasiastes (Qopelet), 3



INSTANTÁNEAS

Foto 4

Año 1955

Estamos en la puerta de la Basílica de la Virgen del Pilar de Zaragoza. España, mi hermana , mi papá y yo. Tengo 15 años. Mi hermana viste de "manola", ropa que se lleva en Semana Santa. Vestido negro y zapatos negros, peineta española/andaluza, con mantilla que llega a la espalda o puede llegar hasta el borde del vestido. Esta forma de ir vestida se llama "Manola" y solo se usa los días de la Semana Santa. Hace brisa, es típico del tiempo de esas celebraciones, se nota en el movimiento del pantalón de mi papá y en la mantilla que cae de la peineta y tiene un leve movimiento.

Vivo en Zaragoza España, es el año 1955 y en ese momento se vive una dictadura que tiene ya 15 años, la de Franco. Somos una familia, mis padres Tomás y Amparo mi hermana Estrella y yo. Mi mamá es modista, mi papá contable, pero trabaja en una fábrica azucarera de pagador, mi hermana acaba de terminar sus estudios en la Escuela de Comercio, yo estudio Secretariado en una academia, que se compone de mecanografía,

taquigrafía, redacción ortografía y las materia lógicas para trabajar en alguna empresa. Pertenezco a la Juventud Católica y tengo un montón de amigos con los que paseo y me divierto como cualquier joven de mi edad en la España franquista. Todo eso en marzo o abril del año 1955.

Todo cambiará porque en ese año mi hermana viajará a Venezuela. Tenemos allí unos primos hermanos viviendo y enamoran a mis padres para que nos vayamos a vivir allí. La vida en España es muy dura, mi papá tiene trabajo pero fuera de Zaragoza y viene en fiestas o vacaciones, por lo tanto la familia está muy separada. Ellos se animan pero la entrada de mi papá al nuevo del país, es difícil pues ya pasó la edad y lo consideran mayor. Mis primos proponen que viaje mi hermana, ellos le hacen un contrato de trabajo a ella y así se soluciona su estadía, después de un año en Venezuela viviendo, ella puede llamar a sus padres y a su hermana. Así lo hacemos y al año siguiente salimos mis padres y yo para ese país en un barco llamado Virginia de Churruca que dura 22 días en viaje y yo siento que me voy al otro lado del mundo y que nunca más lograré regresar al lugar donde nací. Llegamos a una Venezuela pujante de progreso y efectivamente enseguida encontramos trabajo los tres, ya mi hermana lo tenía y comienza una vida feliz para esta familia, todos juntos y bastante bien económicamente, muy distinta a la que teníamos en un país en dictadura y viviendo una posguerra que tenía al país en recesión.

Por mi parte en principio, no muy feliz acabo de dejar tíos, primos, amigos y amores. Aunque no tardaré más de seis meses en recuperarme y tener nuevos amigos. Los jóvenes tienen la habilidad de hacer relaciones con facilidad y aprovechar el crecimiento que dan los viajes y conocer lugares diferentes. Ahí comienza la aventura de vivir en un país desconocido que con los años se hará mío y será por el que lucho en estos momentos y lucharé mientras viva al cual amo con toda la fuerza que me queda: Venezuela



5

LAS HUELLAS DE MI VIDA

|

Mi madre

Mi mamá era excelente en las fiestas, pero familiares, nunca la vi emocionarse en las fiestas que iba de invitada, claro que iba contenta... pero participar una fiesta de Navidad, un cumpleaños, una primera comunión, cualquier festividad que estuviera relacionada con la familia, era su disfrute, cocinaba cosas deliciosas, que todos

comíamos con deleite. Ella sabía que nadie se resistía a sus pastichos, croquetas, empanadillas, paellas, calamares rellenos, langostinos a la plancha, tortilla española, merluza rebozada y no sé cuántas cosas más.

Tanto así que cuando murió, mi hija Sonia encontró en su casa un gran cofre y allí en pequeños papeles, blocs y libretas de diferentes tamaños estaban de su puño y letra todos sus secretos, entonces Sonia escribió un libro que se llama Las recetas de la tía, donde están todos aquellos platillos que tanto nos gustaban con su muerte.

A nosotras sus hijas nos tenía un amor incondicional yo creía que ese amor de madre que se sacrifica por los hijos era algo natural que aparecía y llegaba con la misma maternidad. Cuando tuve mis hijos sentí que es así, la maternidad te hace grande en el amor y la entrega, pero sentí que el de mi mamá hacia mí lo superaba todo.

Ella disfrutaba de mis logros aunque no era muy sensible ante cosas como mi gusto por la pintura, ella no sé dió cuenta cuando yo era muy pequeña que tenía esa vocación y lo dejó pasar, creo que eran los tiempos, cuando fui mayor, ya casada, a la Escuela de Bellas Artes le gustaban mis cuadros y trabajos, pero creo que no se da cuenta exacta de lo que todo eso significaba para mí. Pienso también, que ya entonces, la llenaban de alegría los nietos y disfrutó mucho de los logros de ellos, de sus graduaciones y de sus trabajos.

Haciendo introspección y mirando hacia atrás e intentando hacer una instantánea de la vida de mi madre, creo que fue bastante feliz, pero no porque su vida hubiera estado exenta de dificultades y malos momentos, sino por la capacidad que tenía de querer a su familia, hacerla feliz y demostrárselo cada vez que tuviera oportunidad.

II

La figura de mi madre en estos días de mi vida es algo a la que imploro en mis momentos de dificultad, a la cual le lloro como una niña con la seguridad absoluta de que si está por algún lugar cerca, no solo me escucha sino que me comprende y entiende el dolor que estoy sintiendo. Ella sería la única capaz de calmarlo, de eso estoy segura.

Yo tengo la sensación de que a mí nadie, nadie en absoluto, me ha querido como lo hizo ella, ese amor desinteresado, ese "estar" en mis dificultades, ese dar sin esperar nada a cambio solo me lo ha dado ella. He tenido que vivir una vida para llegar a esa conclusión, siempre me sentí amada, tampoco era demasiado efusiva, pero sé podía leer en su manera de actuar que a mí hermana y a mí nos amaba profundamente, cuando murió me sentí huérfana por completo, me di cuenta que era a la única que le interesaban mis pequeñeces, que podía contarle lo que fuera y yo sabía que ella

me escuchaba con toda su atención. No se si tengo o transmito un amor desmesurado por mi mamá, seguro que hay mil personas que sienten lo mismo. Yo admiré en ella que me controlaba como cualquier madre, pero era capaz de respetar e intentar entender aquello que yo decidía hacer aun cuando no estuviera de acuerdo. Vivimos momentos de desencuentros, pero siempre con deseo de remediar, de arreglar de no perder ni dañar aquello que nos unía de por vida.

A mis hijas les transmití este amor por ella, mejor dicho lo cultivé, y ella como abuela también se ganó a sus nietos por su atención individual hacia ellos. Y la tienen en su memoria como una abuela extraordinaria, que los quería mimaba y atendía. Sé que mucho de lo que soy sé lo debo a ella, una parte por todo lo que me transmitió y otra por todo lo que hizo para dejarme crecer completamente como mi necesidad lo exigía.

Me pareció muy adelantada, para su tiempo, en la educación y ella no tenía muchos títulos ni libros de autoayuda, todo era instinto maternal, por eso la respeté mucho porque sentía toda su intención de hacerlo bien.

Cuando hablo de lo que soy se lo debo a lo que recibí en mi niñez, pareciera que solo ella cuenta, pues es así, mi papá era callado, hablaba sólo de las cosas que creía verdaderamente importantes y dejaba en manos de mi madre todo lo demás con total confianza.

En una oportunidad me sucedió que yo subía por las escaleras de mi casa, era un edificio pequeño en un segundo piso, iba confiada y lo hacía rápido y de pronto sentí que me tomaban por detrás por la cintura, mi instinto me dijo que era alguien de mi casa, pero siento en mi cuello, hablándome bajito con una voz aterradora, decirme palabras soeces. Grité muy asustada como loca y corrí hacia arriba, los vecinos salieron en mi ayuda y esta persona corriendo se fue, nunca le vi la cara. En la noche mi papá me habló, me dijo que no me asustara, que hay que cuidarse pero que esa persona era un enfermo y eso que me había sucedido no era lo común, todos los hombres no eran así y los buenos eran más. Me lo dijo de una manera tan tranquilizadora que creo no tuve trauma y luego lo olvidé, ya de adulta recordé aquella conversación y me dí cuenta que había sido muy certero, había intentado evitar un trauma que me hubiera hecho mucho daño en mi vida.

Quiero pensar en los dos juntos mi padre y mi madre. Fueron buenos padres y parte de lo que yo haya podido ser en mi vida y haya transmitido a mis hijos, sé que se lo debo a ellos. Siempre he sentido que lo hicieron lo mejor que sabían y que la educación que nos dieron era totalmente dirigida por el amor que nos tenían.

Mi madre fue para mí especialmente amor y lo sigue siendo. Creo que moriría en paz y con alegría si tuviera la seguridad de saber que yo había dejado una huella similar en mis hijos.

III

Pensándolo bien y aun con todo el amor que le tuve, veo que fue muy poco lo que heredé de mi mamá. Ella era muy blanca y tenía ojos como verdosos, yo siempre fui muy morena, ojos oscuros, todo más bien parecido a mi papá y a su familia.

Y en cuanto a la entrega que ella nos tenía y el amor que profesaba a su familia creo que no lo tengo con la misma intensidad, que yo he sido una persona, quizás signo de los tiempos, que he pensado más en mí, ella tenía amor para todos, quizás porque llegó a Venezuela ya mayor y vivió sólo con su costura y en su casa para su familia, que habiendo tenido sólo dos hijas se multiplicó de tal forma que tuvo diez nietos, seis de mi hermana y cuatro míos. Quiso a sus dos yernos muchísimo, sin hacer comparaciones, a cada uno le recibía su cariño y sus visitas, agradeciéndoles por haber entrado a la familia. Todos la querían.

Definitivamente no he heredado mucho de esa parte bonita que ella tenía.

Yo la amé con devoción y nunca jamás se me ocurrió cuestionarla, cuando hizo algo que de entrada no me parecía tan bien, era capaz de justificarla y entender el por qué lo había hecho. De la misma forma que muchas veces me mantuve con alguna actitud que sabía que a ella no le agradaba, pero si era algo importante para mí o mi familia, tampoco cambiaba de opinión y yo podía ejercer el derecho de actuar a mi modo, sabiendo que ella iba a respetar mi decisión..

La cuidé en su enfermedad y sufrí la impotencia de no poder ayudarla y mejorar sus dolencias. La vi enfadada cuando se moría, fue rebelde ante la muerte y no le parecía justo lo que le estaba sucediendo, no se quería morir, la oí decir con mucha tristeza " era tan feliz..." y la felicidad para ella era tan sencilla, poder coser, cocinar, reunirse con su familia y tenernos cerca. Creo que no entendió que la vida siempre tiene un final y hay que saber aceptarlo. Eso a ella le costó.

Cuando murió sentí que algo moría en mí y en ese momento no me hubiera importado irme con ella. Tenía yo cincuenta años y sentía que ya nada podía esperar.

Pero no fue así, pude hacer tantas cosas en los próximos veintitantos años, trabajé en una ONG de derechos humanos donde viví cosas inolvidables, mis hijas se casaron y me hicieron abuela seis veces, viví durante años una dictadura y peleé con fuerza para lograr nuestra liberación y esta experiencia me enseñó que no hay nada seguro y al final viajé huyendo a vivir a un país que me abre los brazos y me enseña que la vida puede tener muchos momentos y uno nunca puede decir cuándo termina.

IV

Mi madre fue el ser que más me marcó en mi vida. Aún hoy a mis 79 años. la recuerdo como alguien que me quiso tanto, que intentó dejarme caminar por mi cuenta y que viviera lo que yo quisiera vivir. Aun cuando yo en ese momento siento su tristeza interior, cuando ella veía que yo transitaba por lugares diferentes, que yo voy por mi lado, pero al mismo tiempo no la olvido ni la ignoro, la integro a aquello que vivo, a mi manera como yo quiero, donde ella siempre tuvo su lugar.

Soy muy suficiente y me cuesta pensar que otros me han marcado con sus huellas, por eso por ser mi madre me resulta más fácil hablar de las que me dejó ella. Siento a veces que sus huellas son como imprevistas, hago algo y luego pienso "así lo hubiera hecho ella", no puedo negar que soy su hija. el inconsciente me hace tener la misma impronta, por ejemplo al hacer un almuerzo para invitados inevitablemente tiene que sobrar comida, tiene que haber en demasía, ella era así.

En mi forma de vivir me permitió que lo hiciera sin prejuicios a mi manera, yo también trataba de complacerla pues aunque no me dijera nada sabía lo que ella quería.

Quizás la mayor huella me la dejaron los campesinos, la gente del campo, su forma de vivir, lo mismo una fiesta que un velorio o una enfermedad. Su sencillez marcó demasiado mi vida, tanto que desde que viví en su compañía durante diez años me dejaron sin pertenencia, me cuesta entenderme con otras personas con las que me toca vivir y no entiendo muchos de sus códigos y sé que fue la impronta de vida sencilla, con pocos objetos, libres de muchos problemas y sin demasiadas complicaciones.

V

En mi vida no he hecho cosas extraordinarias. Intuyo que he hecho cosas con tanta pasión, tan mías, que a mí me lo parecen, porque yo las hice yo las viví y por lo tanto lo son.

Cuando tenía 15 años y una linda familia pero indiferente ante los misticismos y las religiones, yo me encontré de frente con la figura de un Dios que me amaba y decidí acompañarlo en su viacrucis y seguirlo con toda mi intensidad. Fue mi época mística que de alguna manera me sirvió de línea de vida y fui feliz. Para mí ese momento era único.

Tal vez cuando encontré el amor, y yo caminaba como en las nubes de su mano, con la seguridad de que había llegado mi príncipe azul en su corcel para comenzar mi cuento y que sería de gran

felicidad, sin imaginarme que la vida se encargaría de enseñarme tantas partes oscuras. Ese momento también fué único.

Cuando estaba pariendo a mi primera hija y en ese momento pensé "por primera vez en mi vida siento que puedo estar cerca de la muerte" y una voz interior muy fuerte me habló y me dijo: "Estás dando la vida, no puedes pensar en la muerte" eso fué mágico jamás lo he olvidado.

Pudo ser un momento único cuando sentí hastío de mi apartamento y sus muebles y su moderna cocina y pensé que esos metros cuadrados serían mi tumba y me dió tristeza y depresión y de ahí salió la idea esperanzadora de vivir en el campo de ver la vida desde la naturaleza, con los árboles, con la tierra fértil, con vecinos campesinos que me iban a enseñar la sencillez de los pocos objetos, la casa humilde, el valor de la lluvia.

Seguro fué cuando en el pequeño grupo familiar éramos cinco y decidimos que la familia iba a aumentar a seis y abrimos nuestros brazos al hijo nuevo que nos traía la vida.

Y cuando me avisaron de la enfermedad de mi madre y decidí acompañarla hasta el final y paseé y viví con ella saboreando día a día con el sentimiento de saber que luego iba a perderla.

En otro momento cuando supe que mi compañero me iría dejando poco a poco que se iba para el lugar del pensamiento y la memoria perdida y lo lloré en silencio y me quedé sola pero acompañada era otro momento triste y único, irreversible.

Son tantas las cosas vividas que para mi todas han sido únicas ya que sé que he sido una persona diferente y distinta para cada momento, que no soy la que comencé la historia y que todavía no la he terminado.



6

EL VIAJE

|

La última vez que tuve que hacer un equipaje importante me dieron muchas ganas de llorar. No sabía cómo comenzar. Tenía cuatro maletas, salía de mi país como emigrante y tenía que meter en ellas, dentro de su limitada capacidad, todo aquello que iba a necesitar y una pequeña parte de cosas valiosas para mi espíritu. Había que

elegir al menos dos o tres libros, mis escritos, algunas fotos, ropa de invierno y verano en la mínima expresión, medicinas, algún objeto indispensable para el alma, como mi edredón de plumas, presentía que sería mi paño de lágrimas, documentos importantes etc, como una especie de bandeja de degustación de lo que significan sesenta y tantos años en un país.

Todos los días pensaba en eso y le iba poniendo alguna cosita, pero aquel equipaje no lo terminaba nunca... Abría armarios, abría gavetas y me decía ¿Pero qué llevo? Al fin me di cuenta que no me quería ir, que si demoraba el equipaje nunca llegaría ese día.

Mi hija segunda decidida y activa como ella es, lo hizo, decidió por mí y en una tarde terminó con la tarea. Eran dos días antes del viaje.

Cuando llegué al nuevo y hermoso país que me recibía, lloré de alegría por la nueva tierra. Abrí mis maletas viendo su contenido y lloré intensamente por mi patria perdida.

Hoy, después de año y medio, todavía lloro arropada en mi edredón de plumas. El me ayuda mucho en mis momentos de nostalgia, estoy agradecida de tenerlo... y muy contenta por haberlo traído conmigo.

II

El día 20 de julio de 1969, estábamos de visita en casa de mis padres, en Caracas Venezuela. Era la medianoche, Aliana y Sonia dormían. Mis padres, José Antonio y yo, estábamos pendientes ante la pantalla de la televisión, de algo inédito jamás ocurrido que íbamos a tener la oportunidad de ver.

Un famoso locutor venezolano llamado Rafael Poleo comenzó la transmisión y recuerdo perfectamente sus primeras palabras: "La luna de los escritores, la luna de los poetas..." y por ahí siguió hablando, abriendo con la noticia que por días estaría en boca de toda la humanidad: Neil A. Armstrong, Edguin E. Aldrin y Michael Collins, tres astronautas que venían preparándose por largo tiempo, estaban llegando a la superficie de la luna. Armstrong fue el primero que descendió del módulo, convirtiéndose en el primer hombre que la pisó. Llegaron en el Apolo 11, impulsado por el cohete Saturno 11 que salió del Centro Espacial Kennedy en Florida EEUU y despegó el 16 de julio de 1969 a las 9:32 p.m. hora local.

José Antonio fue al cuarto, despertó a las niñas y las sentó frente al televisor diciéndoles: "Esto es historia, ustedes aunque sean muy pequeñas deben de verlo" El estaba muy emocionado. Aliana y Sonia tenían seis y cinco años respectivamente. Preguntándoles ahora a ellas qué recuerdan de ese día, dicen que ellas soñolientas miraron fijamente la pantalla, pues les impresionó la emoción de su papá aun cuando no entendían mucho lo que estaba sucediendo.

Todos muy atentos y con imágenes borrosas, vimos sus pasos como en cámara lenta en una pantalla de televisión en blanco y negro, un fondo muy oscuro y luego dos formas que caminaban lentamente como con suaves saltos.

Nosotros con la respiración contenida vimos cómo desplegaron la bandera y se veía el módulo lunar.

Luego en un momento se vió la sala donde estaban todos los técnicos en el centro espacial en sus computadoras y se pusieron de pie irrumpiendo con un fuerte y masivo aplauso.

Fue algo importante, ese fue el comienzo de otros viajes que seguirían haciéndose. Luego, unos años después, todo el brillo y la algarabía de esta hazaña se fue apagando, sé que muchos de los inventos tecnológicos que disfrutamos estos días vienen de todas las investigaciones que hicieron para aquel espectacular momento y otros más que le siguieron.

Muchos años más tarde, estando de visita en el museo espacial en Florida, viendo trajes, cohetes, naves de varias expediciones, tuve la oportunidad de ver el despegue de un cohete y recordé aquella emocionante noche caraqueña con la familia reunida frente a la televisión.

También leí con el tiempo unas declaraciones de Armstrong donde dijo que los 13 minutos previos al aterrizaje fueron un "desenfreno de incógnitas, las comunicaciones fallaron, la computadora disparó un alerta con un código extraño y la nave estuvo a punto de quedarse sin combustible"

Escribo esto el 20 de julio de 2019, por lo tanto hoy hacen 50 años de esta noticia histórica.

III

Lleno una maleta, la cierro y la guardo.

Después una caja que ocupo de libros,

Luego con papel periódico envuelvo vasos y cosas sensibles.

Pliego cobijas, manteles, sábanas y lienzos que después guardo en bolsas.

Doblo alfombras cortinas.

Saco de sus ganchos vestidos, abrigos, pantalones, camisas que pongo en maletas.

Las ollas, sartenes van en cajas fuertes.

Sillas, camas, mesas, televisores,

Sofás, cocina y nevera esperan la llegada

del camión de mudanzas

que nos llevará a la nueva vida, la nueva vivienda.

IV

Abro una reja, luego una puerta. Una sala y un comedor me reciben, al fondo un pequeño balcón con plantas y flores y después el cielo. Entro al salón, una puerta que da a una cocina, donde los alimentos, las ollas, la nevera y la cocina trabajan la vida.

La sala con mesa y seis sillas, Dos sofás-cama y un televisor. Un cuadro rojo y negro en la pared que lo rodeas mariposas monarcas.

Un pasillo a la izquierda y en él a la derecha, mi cuarto. Dos camas en ele , un escritorio, un sillón , una silla y un pequeño estante blanco con cajas y libros.

Le siguen dos cuartos, uno a la izquierda de Aliana y Miguel con una cama grande un mueble de ropa, dos mesitas con lámparas pequeñas y un baño.

A la izquierda otro cuarto vacío donde estaba mi nieta Mariana y voló libremente a su propia casa buscando libertad. Ahora espera a mi nieto Pedro Antonio y su esposa, que se están casando y vienen felices y esperanzados a una nueva vida.

Tres perritos pequeños Whisky, Soda y Samba recorren los espacios como dueños del mundo.

V

Al entrar por la puerta principal que da a la escalera, se pasa directamente a la sala y está una mesa comedor con seis sillas, donde se celebra la ceremonia de la comida. En la pared hay un estante con pequeños adornos, cuelga al lado un esqueleto de cerámica y debajo de estante una fotografía alargada y estrecha que tiene aprisionado en ese espacio una buena parte del valle de Caracas, debajo de la cadena montañosa llamada El Ávila que nos recuerda a la hora de comer de dónde venimos y dónde nacieron nuestros hijos.

A continuación dos sofás haciendo ángulo, una mesita redonda en el centro y otra también en el ángulo donde se unen los dos sofás. En la mesita del centro una piedra que contiene tierra y allí están sembradas varias matitas suculentas ya un poco crecidas porque han pasado su mejor momento. Al lado de un sofá una pequeña mesita estrecha, alta y cuadrada. En la otra mesita redonda hay una planta de largas cintas verdes y abundantes que salen de un bulbo grande donde se supone está el nutriente y la hidratación de la planta.

Junto a la pared, un pequeño mueble de estantes y encima un aparato de televisión que se prende a veces ya en la noche.

En la pared de la entrada, a la derecha hay un colgador de madera para paraguas, chamarras, gorras y sombreros, con adornos en rojo que dibujan dos corazones con espinas. A continuación un cuadro figurativo con una persona difusa en rojo verde y negro grande y vistoso, lo acompañan al lado unas mariposas monarcas en actitud de vuelo una grande y las siguen otras que van disminuyendo de tamaño.

Seguido en la misma pared, un adorno que es también un corazón con espinas pero alado, como si fuera un ángel o un pájaro.

Al fondo de este espacio, un pequeño balcón interior, que tiene varias macetas con plantas y dos sillas plegables, siempre abiertas para poder sentarse a leer o descansar. Este balcón da a unos patios interiores donde se ven paredes, ventanas lejanas, un balcón en un pequeño edificio, un gran árbol lateral que transmite verdor y frescura a nuestra sala. Abajo, un pequeñísimo patio que es un área común del edificio, y al fondo el cielo y alguna copa de árbol, tanques de agua, alambres de púas y dos rejas tejidas con plástico verde para hacer la ilusión de que son plantas trepadoras

Luego entre el comedor y la sala, un pequeño pasillo al que dan tres puertas y otra más de un baño. La primera es la de nuestro cuarto, donde hay dos camas, una mesita de escritorio con tres gavetas, una estructura de plástico blanco con tres estantes, un sillón negro pequeño, una silla, una televisión grande montada en la pared y una caja gris alta para la ropa sucia. Un armario empotrado para la ropa en ganchos, un estante y gavetas para ropas de cama, monos de casa, camisetas, pashminas, secador de cabello, alguna bolsa improvisada y zapatos.

Le sigue otro cuarto que espera la llegada de mi nieto Pedro y su esposa Andrea, una gran cama matrimonial, un armario empotrado de las mismas dimensiones que el de José Antonio y mio. Una mesa y una silla.

A la izquierda entrando por el mismo pasillo, un cuarto de baño para las visitas y los ocupantes de estos dos cuartos. Sigue otra puerta donde está el cuarto de Aliana y Miguel. Contiene una cama con dos mesitas de noche, un mueble de madera con gavetas que ocupa toda una pared, una ventana que da a un patio interior, un ventilador y un armario empotrado de las mismas dimensiones

de los de los otros cuartos. En el suelo dos camas redondas de perritos, una de Soda y otra de Whisky. Justo al frente de la cama, una puerta que da a un baño que es personal de este cuarto.

Volviendo a la sala, hay una puerta por la que se entra a la cocina donde hay dos neveras una grande y otra chiquita, un filtro de agua, un mueble empotrado, con cocina de gas, fregadero y estantes para utensilios de cocina y alimentos. A la izquierda unos estantes de metal forrados en plástico donde hay uno para tazas y otro para especias, azúcar, sal, café. Encima un estante de hierro, donde se cuelgan ollas y sartenes.

Arrimado a una pared, un mesón de madera y metal donde hay un molcajete para machacar especias, aguacates y ajos. Debajo hay un pote de basura y un bebedero para las mascotas. Encima de la nevera pequeña hay un microondas y un estante donde están una licuadora, una tostadora y una cesta para frutas.

Una puerta lleva a un pequeño cuarto donde hay un lavadero, una lavadora y secadora, termo de agua caliente, una caja donde se ponen los plátanos, las papas y los mangos verdes esperando su madurez.

Debajo del lavadero, están la aspiradora, bolsas de compras, caja de herramientas, coletos, escobas y palas para basura. Este pequeño cuarto da a un patio interior que es el estacionamiento del edificio.

Este departamento está en un edificio en la calle Ixcateopan de la Colonia Letran Valle. Aquí es donde vivo en CDMX junto con mis hijos y nietos donde aprendemos a entender en su geografía y en sus comidas lo que significa la esencia de este país y rendimos nuestro agradecimiento por la acogida que nos ha dado.

VI

La cocina, donde se celebra la ceremonia de los alimentos

La fotografía, donde dos novios están muy felices

La bugambilia, que da alegría a la sala

El espejo, donde mi cara se repite

La yerbabuena que despide olor festivo

La cama, donde descanso, duermo y sueño

La mesa, rodeada de amor familiar

La olla, donde se cocina el sabroso guiso

El florero, donde viven las flores sus últimos días

La biblioteca, donde los libros descansan aburridos

La cafetera, que nos da el aromático café

La lavadora, donde el agua y la ropa hacen su baile de limpieza

VII

Mi habitación es pequeña, dos camas en ele, juntas las cabezas de José Antonio y mía y alejado el cuerpo, casi sinónimo de cómo nos encontramos emocionalmente en estos momentos. Un pequeño escritorio sirve de trabajo y depósito de mil cosas. Desde que abandoné mi casa tengo pocas pertenencias, unas gavetas son archivo de mis documentos valiosos, esta pequeña superficie que es mi mesa contiene vasos de agua, una taza, un nido de pájaro que a diferencia de la fragilidad que tiene uno real, es de hierro con un pájaro descansando en una briznas de arbusto durísimas, pero aun así, enternece, una foto de José Antonio y mía con gran sonrisa porque nos estamos casando, una vela testigo de un Sábado de Gloria representando la bendición del fuego y la luz del mundo, una lámpara, un palo de lluvia que pedí me enviaran de Venezuela, que representa mi país en materia y sonido, un computador, bolígrafo y papeles. Y una estampita de la Virgen Guadalupana para hacerme tocar tierra y decirme "estás en México tierra bendita".

La sigue un pequeño estante que hace el papel de biblioteca, portador de toallas y cajas de medicinas. Después, estrecha y altiva, una caja gris donde depositamos nuestra ropa sucia. Y justo ahí que termina la pared comienza una gran ventana. paralela a una de las camas, por la que se ven paredes de patios interiores y copas de árboles. Alguna vez, muy pocas, se pasea volando un pájaro perdido.

Luego un pequeño y cómodo sillón donde José Antonio ve una mil veces las mismas películas. También una silla que es mía, sinónimo de que mi estar en ella, es para tener mejor disposición para hacer el trabajo casero, al que por suerte o desgracia siempre o casi siempre, lo hace la mujer .

Termina la habitación con un closet o armario donde guardamos la ropa para vestirnos, la de cama y demás cosas que son, o consideramos necesarias para nuestra cotidianidad. También en su parte alta están una maleta y el kenel de Samba necesarios para los viajes. Al lado del closet la puerta de salida.

Aquí escribo, lloro, me río, veo televisión, duermo y sueño, este pequeño cuarto forma un alto porcentaje de mis emociones y mis quehaceres.

Agradecida a mis hijos que me lo brindan y a Dios que ha permitido que aun a mis casi ochenta años haga nido de nuevo.

VIII

¿Cómo explicarlo? El lugar donde deseo estar es idílico, deseo estar intensamente en mi país, en Venezuela, pero no como está ahora, por lo tanto me resulta difícil situarme.

No tengo deseos, me siento bien donde estoy, deseé años atrás conocer este hermoso país, México, donde ya pronto harán dos años que vivo en él y siento que no lo estoy disfrutando con la intensidad que me había imaginado, son las circunstancias las que hacen que esto me suceda, cuidar a un enfermo que me crea limitaciones y mi cuerpo cansado y roto me impide vivir con el alborozo que siempre he tenido en los lugares nuevos que me ha tocado estar, aún así, me pellizco y me digo "Alicia, abre los ojos, estás en México, has visto ya parte de sus bellezas en los viajes que has hecho, Yucatán, Tulum, Querétaro y varios pueblos mágicos inolvidables, has sentido su magia ancestral, ¿qué más quieres? ¿No fue esto lo que deseaste durante años? Aprovecha, vívelo a intensidad, usa la imaginación y repasa el Museo Antropológico que ya has visitado dos veces y has llorado ante tantas piezas que sólo habías visto en los libros. Ve sus ciudades, sus pueblos, su gente, su música, sus tradiciones y busca en todo, aquello que soñabas.

Que me sirva esto de compromiso para disfrutar este país como si viniera de turista y que sea capaz de amarlo con todas las fuerzas que me quedan en estos últimos años de mi vida.

IX

Busco mi cartera, llamo a José Antonio, para él gorra para el sol, para mi llave en mano. Abro la puerta, una reja, bajo escaleras y portón de la calle.

Aspiro el olor del día, palpo en mi cuerpo la temperatura, está cálido y agradable. Tomo la mano de José Antonio para sentirnos seguros, al decidir que caminamos a la derecha vamos hacia el parque. En esta calle hay muchos portones donde se esconden perritos que ladran al escuchar nuestros pasos, la calle es bastante tranquila a veces pasan coches, otras son más seguidos. Siempre hay

que ser cuidadoso. Luego pasamos por una puerta donde unos obreros trabajan con mármoles y granitos. Hacen trabajo de fuerza. Saludamos y responden respetuosos.

Cruzamos la calle, frente a la peluquería donde me atienden cuando crece mi cabello. Dentro tres mujeres trabajan, una muy joven, otra ya con cabello gris y la mayor dueña del negocio con más vida encima. La mayor abrió esta peluquería hace cincuenta años, la imagino joven y fuerte llena de energía e ilusiones. Siempre la tuvo abierta. Cuando los secadores eran unos grandes sombreros llenos de calor y la cabeza se llenaba de rulos de plástico para domar y dar forma a los cabellos rebeldes. ¿Cuántos pasos ha dado en ese salón? ¿Cuántas cabezas ha trabajado? ¿Cuántas historias ha escuchado de otras mujeres? La segunda en edad es tranquila, silenciosa, difícil de leer, a veces habla con las clientas con seriedad y respeto. La más joven es alegre, sale, entra, va y viene te pregunta, te sonrío. Tres vidas que conviven, hablan, comen y ríen todos los días como hermanas, como familia, pero con diferentes problemas e ilusiones.

Seguimos en camino, semáforo y cuadra larga, el tráfico a la derecha te hace ver que has entrado en una avenida principal. Nuevo cruce, nosotros despacio y con cuidado como lo exigen nuestros años, muy atentos al tráfico. Sigue otra cuadra y al fondo a los lejos, árboles y verde, vida vegetal.

Otro cruce y el parque hermoso, vibrante de flores, árboles, plantas y pájaros. Luego las personas que lo vivimos, niños que juegan pelota o patineta, jóvenes que hacen deporte o yoga bajo los árboles, otros se acuestan en la grama aprovechando el acercamiento de los cuerpos y dándose besos apasionados indiferentes a los paseantes, estos son los novios eternos de hoy, de mañana y de siempre. Algún solitario sentado en un banco. Otros como nosotros descansando, pues la edad así nos lo exige. Señoras paseando perritos obedientes que las siguen con fidelidad. Un trencito hace la felicidad de los más pequeños que observan el parque con alborozo y gritos de alegría.

En la distancia un parque de diversiones donde el placer de los niños se hace evidente al estirar la mano de su madre. pidiendo acercarse a los aparatos más aprisa, donde se vive la feria.

Un señor de mediana edad sentado lee un libro, una muchacha atenta a su teléfono sin ver lo que le rodea, porque el aparato le ofrece otras emociones. Un joven adiestra a su perro y éste lo mira atento para ver donde lanzará la pelota y corre a buscarla para entregársela de nuevo y que todo se repita .

Una niña dulce persigue a una mariposa para ver sus colores y dibujos. Esta imagen parece de tiempos pasados. Vibra de vida y yo ahí viéndolo todo, atenta como nunca a sentir y leer sensaciones y aprovechando un descanso necesario para poder seguir disfrutando el paseo.

Aspirando y soltando aire consciente de que esto me da más vida.

Una gota de agua este parque dentro de una ciudad tan grande como esta.

Y así se van formando otros grupos de seres humanos, unos en coches, otros en oficinas en sus trabajos, en sus hogares, en sus calles. Todos con almas, deseos, ilusiones y sufrimientos. Todos viviendo la parte que nos toca y que nos revelamos por momentos porque no queremos. Pero la vida intransigente y severa nos pone en su lugar y tomamos las riendas obedientes.

La vida se vive y no sé detiene, así que regresamos ya un poquito descansados, repetimos el recorrido de regreso. Abrimos la puerta, subimos las escaleras con respiración fatigosa, los perritos nos reciben con alborozo y caemos sentados en el sofá dando gracias por lo vivido y por el descanso.

X

¿Cómo sería mi vida si yo hubiera tenido la oportunidad de estudiar?

Seguro hubiera estudiado arte y dentro del arte pintura, me sentiría plena plena dentro de mi taller y hubiera pintado el mundo de mil colores, ...tantas cosas que hubiera hecho con mi paleta... bermellón, amarillo, azul cobalto, verde...

Y si hubiera estudiado letras escribiría libros hermosos que estarían en las vitrinas de las librerías y firmaría mil dedicatorias, ante una fila enorme de lectores que leerían mis sueños literarios.

¿Cómo hubiera sido mi vida si no hubiera tenido un compañero y dedicara mis horas a buscar la felicidad dentro de mi y pudiera disfrutar de aquello que tiene una mujer sin obligaciones y todos los días pudiera manejar el tiempo a mi antojo?

Pero mi vida fue así como fue, unas veces yo decidí mi destino, otras fueron las circunstancias que me hicieron decidir y el tiempo y el lugar me indicaron el camino.

Pero así la viví y así fue y ella me dió unos padres que me enseñaron lo bueno y lo malo, que me acompañaron hasta que encontré un compañero con el que viví sueños, sufrí realidades, pasé trabajos, encontré caminos fáciles y caminos rocosos. La vida me dio cuatro hijos que fueron mi luz y mi faro, mi susto y mi angustia, mi alegría y mi llanto.

Me cuesta imaginarme una vida diferente a la que he vivido, como pensar mi vida en este mundo sin mis seis nietos que me empujan de forma emergente hacia mi salida y al mismo tiempo me llenan de vida nueva.

Paso unos días maravillosos donde tengo oportunidad de compartir con mis nietos Daniel de quince años y Andrés de trece. Es una experiencia deliciosa, el domingo pasamos el día en una universidad acompañando a Andrés que participaba en un torneo de ajedrez. Tuvimos un hermoso día en un lugar donde el silencio, los árboles y Andrés eran los protagonistas y toda la familia muy pendiente de este torneo y de mi nieto que se lo toma muy en serio.

Me encanta verlo interesado y feliz, va contento y con cierta angustia, porque cualquier competencia que tengamos siempre nos crea algo de preocupación, pero va con agrado, con responsabilidad y no puede evitar su cara de felicidad cuando gana y su decepción con él mismo cuando pierde y busca en qué se equivocó, qué hizo mal.

Ya en él se presiente cómo va a ser su personalidad en el futuro; será ponderado, no creo que se lance a causas o empresas sin hacer una buena reflexión. Qué suerte disfrutar de esta experiencia.

Daniel con sus quince años es juguetón con su hermano Andrés y no puede dejar de hacerle pequeñas maldades de hermano mayor. Le encanta su colegio, nos cuenta sus días en la granja con agrado, escribe y lo hace bien, asiste a clases de teatro y aprende a tocar guitarra. Es amable y si uno le pregunta algo contesta con gusto y cuenta su día sin problemas. Ayer quedé muy sorprendida cuando me vio escribiendo y me preguntó qué escribía, yo le conté mi amor por la escritura y me preguntó si podía leerle algo. Esto me fascinó, no creía que pudiera importarle nada de lo que yo hacía, escuchó pacientemente la media página que le leí y luego me dijo con seguridad, "escribes muy bien", te pareces a un escritor de Querétaro que a mi me gusta. Mi orgullo fue inmenso, no me hubiera imaginado nunca que pudiera interesarle mi escritura y mucho menos que demostrara que le había gustado. Alegrías que te da la vida. Este niño es sensible y sé que escribirá algún día, como adulto quiero decir, ahora ya ha escrito cuentos e historias que son bastante buenos.

Verlos moverse en la casa, ver a Daniel cómo le brinda pizza a su abuelo desvalido me llena de ternura.

Estos son hijos de mis hijos, me emociona ver cómo se mueven por su cuenta. Son el misterio de la vida misma.

Fui una niña huérfana de abuelos, por lo tanto siempre he visto esta relación con cierta angustia, con un halo de magnificencia, siempre pensando que no iba a hacerlo bien, no tengo referencias y desde que comenzaron a venir al mundo mis nietos, tengo seis, sólo he sabido mirarlos con infinito amor y siempre con la fantasía de que yo no era importante en sus vidas, que no me necesitaban, que yo podía pasar inadvertida. Pero siempre amándolos como en la distancia, de corazón a

corazón y por eso siempre me sorprenden cuando de alguna manera me manifiestan amor y entonces lo saboreo como un manjar.

Los veo como vida fresca pero tarde para mí, cuando ellos llegan yo ya me estoy yendo, y son vida de mi vida, hijos de mis hijos. Ellos me suplantan cuando ya no esté. El gran misterio de la existencia.

Por lo tanto la posibilidad que me da la vida de compartir un tiempo con ellos me parece un premio, sí un premio maravilloso.

XII

Acabo de leer un escrito que si titula Las Puertas. Es muy hermoso y entiendo que perdemos o ganamos oportunidades de crecimiento interior y vida plena y fructífera si no dejamos pasar determinadas oportunidades y somos capaces de entrar por esas puertas que nos van llegando con el tiempo. Mientras lo leía sentí que esa lectura me llegaba tarde. No sé si hubiera sabido encontrarme con ese yo salvaje. Y tampoco sé si hubiera sido capaz de entrar por algunas de esas puertas. Siempre fui tranquila pero pasional y me lanzaba a aquello que pudiera ser un reto y supiera que lograrlo era un crecimiento.

A veces en mi longevidad me siento vacía y sin desafíos, ya cansada y deseo cerrar esas puertas que me exigen un esfuerzo grande.

Sé que tengo puertas ya abandonadas, ya no busco el reto, el crecimiento. En estos momentos quisiera abrir y entrar por puertas que me conduzcan a la humildad, a entender al otro, a amarlo si prejuicios a saber esconderme.

He sido insensata en mi vida y la he vivido sin cuidados, impulsivamente, solo me ha acompañado el deseo de abrir aquella puerta que deseaba.

Cuando descubrí el mundo de la pintura, vi una puerta, la quería, pero al mismo tiempo la dejé pasar, la cerré. Siempre sentí no haber sido capaz de entrar completamente por ella.

Ya no sé qué puertas cerrar, el tiempo te hace perder muchas cosas además de la juventud y la lozanía.

Solo me queda cerrar la puerta de la vida y espero hacerlo con gallardía y felicidad porque aprecié lo vivido, el día que la tenga delante de mi.

Especialmente deseo abrir la puerta de la aceptación del dolor. Soy rebelde ante esto, y sé perfectamente que todo será mejor si la abro y sé aceptar aquello que me hiera.

Deseo abrir la puerta del amor de una vez por todas, entender al otro y amarlo tal cual.

Deseo abrir la puerta de la entrega, saber entregarme con alegría a aquello que la vida me brinda.

También quiero abrir la puerta de la soledad y arrancarle el disfrute que yo sé que tiene.

Quiero abrirme a la valentía, a entender el momento que me toca vivir y poder saborearlo con gusto.

Quiero más que nunca abrirme a las puertas que son cada uno de mis hijos y darme a ellos no como yo quiero, sino como me necesiten.

Quiero abrir las puertas de la sinceridad creadora, en las que uno se muestra tal cual es, aun sabiendo lo poco que tengo que enseñar y ofrecer.

XIII

Me gustaría decir... ¡tantas cosas!

Que la vida siempre merece la pena a pesar de todos los pesares. Que los niños son dulces e inocentes pero también traviosos y crueles.

Que el amor es una palabra hermosa y que toma la forma de aquel que lo siente.

Que la esperanza tiene sus traiciones y que en oportunidades te confunde, pero que tiene una belleza especial pues hace que sigas y busques aquello que anhelas.

Que los pájaros me alegran, que la lluvia me entristece, que los colores brillan, que el agua es bendición, que el mar tiene un azul intenso, que todas las personas son mis hermanas, que soy un alma sensible y solitaria, que creo en lo imposible, que los árboles hablan, que las estrellas brillan y en ellas tengo a todos mis seres queridos que se fueron.

Me gustaría decir, que aun no se bien quién soy, lo descubriré algún día cuando al fin entienda y ame a todos los seres de la tierra.